

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

(Año 2007)

Pastor José M. Martínez
Dr. Pablo Martínez Vila

Pensamiento Cristiano

Temas para la reflexión

Una colección de los «Temas del mes» del año 2007
del website «Pensamiento Cristiano»

José M. Martínez, reconocido líder evangélico español, ha servido al Señor durante treinta años como pastor de una gran iglesia en Barcelona (España). Ha desarrollado también una amplia actividad como profesor y escritor de materias bíblico-teológicas. En la actualidad, es presidente emérito de varias entidades evangélicas y prosigue activamente su labor literaria, altamente valorada, tanto en España como en Hispanoamérica. También a través de Internet está ampliando su ministerio con el website titulado «Pensamiento Cristiano».

El Dr. **Pablo Martínez Vila** ejerce como médico-psiquiatra desde 1979. Realiza, además, un amplio ministerio como consejero y conferenciante en España y muchos países de Europa. Muy vinculado con el mundo universitario, ha sido presidente de los Grupos Bíblicos Universitarios durante ocho años. Actualmente es presidente de la Alianza Evangélica Española, y vicepresidente de la Comunidad Internacional de Médicos Cristianos.

Pensamiento Cristiano es un website de testimonio evangélico. En él se informa de la obra literaria de José M. Martínez y su hijo, Dr. Pablo Martínez Vila. A través de esta obra fluye el pensamiento evangélico de los autores sobre cuestiones teológicas, psicológicas, éticas y de estudio bíblico con aplicaciones prácticas a problemas actuales.

Website: <http://www.pensamientocristiano.com>

Los **libros** de José M. Martínez y Pablo Martínez Vila se pueden obtener en la mayoría de las librerías cristianas. Para encontrar una librería cristiana cerca de su lugar, puede consultar las **Páginas Arco Iris Cristianas** en internet en la dirección <http://www.paginasarcoiris cristianas.com>.

Índice

Enero 2007 – Dios, eternamente Dios.....	3
Febrero 2007 – Aceptando los «aguijones» de la vida (III).....	6
Marzo 2007 – El rostro humano de Dios.....	11
Abril 2007 – Bebiendo la copa del Padre.....	14
Mayo 2007 – Problemas de la autoestima.....	17
Junio 2007 – Cómo conocer y hacer la voluntad de Dios.....	21
Julio 2007 – Las «confesiones» de Jeremías.....	25
Septiembre 2007 – El predicador, instrumento de comunicación.....	28
Octubre 2007 – La ansiedad a la luz de la Biblia.....	33
Noviembre 2007 – El ministerio de la consolación en la vida de Job.....	36
Diciembre 2007 – Desfile de Navidad.....	40
Libros de José M. Martínez.....	44
Libros del Dr. Pablo Martínez Vila.....	44
Folletos de José M. Martínez.....	44

Copyright © 2007, Pastor José M. Martínez y Dr. Pablo Martínez Vila

Se autoriza la reproducción, íntegra y/o parcial, de los artículos que salen en este documento, citando siempre el nombre del autor y la procedencia (<http://www.pensamientocristiano.com>)

Dios, eternamente Dios

«Desde el siglo y hasta el siglo. Tú eres Dios.» (Sal. 90:2)

El paso cronológico de un año a otro siempre es fecundo en reflexiones; unas veces en consideraciones sombrías; otras en meditación generadora de esperanza. Lo uno y lo otro aparecen con gran realismo en el Salmo 90: la brevedad de la vida humana (Sal. 90:4-6, 9-10) y la oscuridad del juicio de Dios (Sal. 90:7-9, 11), pero también la compasión del Señor (Sal. 90:13-14) y su fidelidad, por la cual se convierte en refugio de sus hijos de generación en generación (Sal. 90:1), lo cual da sentido y consistencia a nuestra efímera vida (Sal. 90:16-17).

A las reflexiones de signo negativo pueden añadirse otras. Todo año nuevo, por lo general, suscita preguntas inquietantes, abre la puerta al mundo de lo desconocido. Puede depararnos experiencias gratas, pero también decepciones, amargura, enfermedad, pérdidas dolorosísimas, dificultades económicas, graves problemas familiares, desengaños, todo tan inesperado como indeseado. Ante lo incierto del futuro nos invade el desasosiego; con frecuencia, la ansiedad, el temor. No obstante, el creyente, sean cuales sean las circunstancias de su vida, sabe que sus «tiempos» están en las manos de Dios (Sal. 31:15) y que él es «nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones» (Sal. 46:1-3). La confianza en medio de estos problemas infunde esperanza, aunque -como en la experiencia de Abraham- sea «esperanza contra esperanza» (Ro. 4:18). Y la esperanza da paz. Esta bendición es la que Cristo prometió a sus discípulos en la hora oscura que precedió a su pasión y muerte: «La paz os dejo, mi paz os doy; no se turbe vuestro corazón ni tenga miedo» (Jn. 14:27).

Todo lo expuesto se resume y explica en la majestuosa frase que encabeza esta reflexión: «DESDE EL SIGLO Y HASTA EL SIGLO, TÚ ERES DIOS» (Sal. 90:2). Dios es «puente» entre los dos extremos de la eternidad: el remoto pasado y el futuro más lejano. Bajo ese puente discurre el río de la historia del mundo. Y de la vida de cada uno. El curso de ésta dependerá de que conozcamos a Dios y reconozcamos su soberanía. Esto implica saber quién y cómo es Dios.

Nuestro conocimiento de Dios

Los seres humanos, a través de los siglos han concebido a Dios de muy diversas maneras, pero siempre de modo erróneo. La verdad es que Dios es humanamente incognoscible. Dejados a las disquisiciones de nuestra razón o de nuestra imaginación, Dios se nos hace un grandísimo misterio; como decía el famoso poeta Goethe, un ser «insondable». De él afirmó Pablo que «habita en luz inaccesible» (1 Ti. 6:16). Y Juan ratificó esa verdad: «A Dios nadie le vio jamás» (Jn. 1:18), para añadir seguidamente: «el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer». En Cristo se ha consumado la revelación de Dios. Y esa revelación llega a nosotros a través del testimonio profético-apostólico recogido en los escritos bíblicos. Mediante ese testimonio conocemos los atributos que distinguen a Dios y todo lo concerniente a su relación con nosotros. Así llegamos a saber no sólo que Dios es (existe), sino también cómo es: justo, santo, sabio, bondadoso, todopoderoso, omnipresente, omnisciente, eternamente soberano sobre todo cuanto existe. Asimismo las Sagradas Escrituras nos muestran las grandes obras de Dios, y ensalzan los principales rasgos de su figura.

Dios, creador (Gn. 1-2)

Por medio de su Hijo creó los cielos y la tierra (Jn. 1:3). «Todo fue creado por medio de él y para él» (Col. 1:16). Porque nos creó, Dios nos conoce perfectamente (Sal. 139:13-16). Y nos ama, a pesar de que la humanidad se apartó de él para vivir en la desobediencia. «Todos nos descarriamos como ovejas; cada cual se apartó por su camino» (Is. 53:6). El salmista se sintió maravillado al considerar la intervención de Dios en su concepción (Sal. 139:13-18). Tanta maravilla no podía ser irremisiblemente destruida por la caída del ser humano. Y Dios inició una nueva obra, la de una nueva creación, equivalente a la renovación de todas las cosas. Todavía está ocupado en ella:

Dios, renovador

Dios, en Cristo, lleva a efecto una nueva obra. De esta acción renovadora surgirán un día «cielos nuevos y nueva tierra» (2 P. 3:13). Dios mismo dice: «He aquí, yo hago nuevas todas las cosas» (Ap. 21:5). Esa nueva creación se ha iniciado ya en el orden espiritual: «Si alguno está en Cristo es una nueva creación; las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). Y en el futuro la renovación será total, pues seremos transformados a semejanza de Cristo en el día de su segunda venida (1 Jn. 3:2).

La acción renovadora de Dios es para nosotros una fuente de consolación, máxime si nos sentimos abatidos por una conciencia de fracaso, a nivel espiritual o en cualquier otro plano. A más de una persona le hemos oído decir: «Aborrezco el yo que soy, mi carácter, mis inclinaciones..., causa de mucho malestar en mi vida». Incluso muchos creyentes se sienten tan «quebrantados» como la vasija rota del alfarero, que Jeremías usó como instructiva metáfora (Jer. 18:6). No importa que nos veamos hechos trizas. Dios puede -y quiere- tomarnos en sus manos para hacer de nosotros una vasija nueva. Lo hizo con hombres como Saulo de Tarso, Agustín de Hipona, Juan Bunyan, muchos de nosotros... Y seguirá haciéndolo en muchos más.

Dios, amor sempiterno

Cuando Juan declaró «Dios es amor» estaba manifestando algo más que un atributo de la divinidad. Estaba revelando la esencia misma de Dios: «ES amor». Muchas pruebas de ese amor se hacen perceptibles en la creación: la belleza de ésta al igual que su utilidad. Pero, sin duda alguna, la manifestación más sublime del amor de Dios la hallamos en su obra de redención, «porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él crea no se pierda, sino que tenga vida eterna» (Jn. 3:16). Dios «muestra su amor para con nosotros en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Ro. 5:8).

Nada reconforta más que la convicción de que Dios nos ama, pues ese amor garantiza su presencia, su compasión, su protección, su ayuda todos los días de nuestra vida. ¿También cuando nos golpea fuertemente el sufrimiento? ¡También! En algunos momentos de la historia o de nuestra experiencia personal tenemos la impresión de que Dios ha dimitido de su función regia como Señor soberano, que se ha ausentado del universo, que se ha cubierto de un velo y se ha sumido en el más absoluto silencio. Como si hubiese muerto. Y nosotros nos quedamos perplejos, sin saber qué pensar o

creer. Pero esa impresión dista mucho de la realidad. A cada uno de sus hijos dice Dios: «Con amor eterno te he amado» (Jer. 31:3). Nos amó en el pasado. Nos ama en el presente. Seguirá amándonos en el futuro, por más que permita circunstancias duras en nuestra vida. Si del amor humano dijo Pablo que «nunca deja de ser» (1 Co. 13:8), ¿no habremos de decir lo mismo, y con más motivo, del amor de nuestro Creador y Redentor?

Cantamos en un precioso himno: «Del amor divino, ¿quién me apartará?» La respuesta la encontramos en el mismo himno, inspirado en el cántico triunfal de Pablo en su carta a los Romanos: «¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿El sufrimiento, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la muerte violenta...? En todo esto salimos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Estoy convencido de que nada podrá separarnos del amor de Dios...» (Ro. 8:35-39).

Dios, siempre fiel

A los antiguos israelitas, en los albores de su constitución como pueblo de Yahveh se les había dicho: «Reconoced que el Señor vuestro Dios es el Dios verdadero, que cumple fielmente su pacto generación tras generación con los que le aman y guardan sus mandamientos» (Dt. 7:9). Y en los inicios de la Iglesia cristiana dijo Pablo a los creyentes de Corinto: «Fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podáis soportar» (1 Co. 10:13). Él está comprometido con la obra de nuestra salvación, y ese compromiso ha sido corroborado con preciosas promesas a sus hijos. En el caso de Moisés, el Señor quiso confirmar su promesa mediante juramento por sí mismo (He. 6:13; Jer. 11:5). Además, sus promesas estaban ligadas al pacto, garantía de que se cumplirán. Para Dios su «pacto nuevo» es eterno (Jer. 32:40), permanece por encima de todos los cambios políticos, sociales, religiosos o culturales. Nada ni nadie puede anularlo; ni siquiera nuestras infidelidades. Si pecamos contra él Señor, él nos corregirá con disciplina adecuada (He. 12:8-11); pero no nos desechará, pues «para siempre es su misericordia, y su verdad por todas las generaciones» (Sal. 100:5). De la misericordia y la fidelidad de Dios hallamos lecciones admirables en el libro de Oseas. El profeta había denunciado la infidelidad de Israel, su apartamiento desleal del Señor; pero Dios, en su infinita compasión, no quiso abandonarlo. Prefirió atraerlo a sí con «cuerdas de amor» (Os. 11:4). Oseas pudo entender la sublimidad de tal amor a la luz de su propia experiencia. Su mujer había caído en adulterio, pero por indicación divina volvió a recibirla como esposa (Os. 3). El libro de Oseas concluye con la restauración de Israel (Os. 14), después de haber apelado Dios con ternura infinita al pueblo infiel: «¿Cómo podré abandonarte, oh Efraím? ¿Cómo podré entregarte, oh Israel?... Mi corazón se conmueve dentro de mí, se inflama toda mi compasión» (Os. 11:8).

Con un Dios tan maravilloso, bien podemos ponernos en sus manos al comienzo de un nuevo año. No sabemos qué nos deparará, pero eso tampoco importa demasiado. «Si Dios con nosotros, ¿quién (o qué) contra nosotros?» (Ro. 8:31). Como Creador, como Renovador, como Dios amoroso y fiel, me guardará, me guiará, día tras día será mi Pastor. «Su vara y su cayado me infundirán aliento, el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por largos días» (Sal. 23).

¡Bendito y alabado seas, Señor eterno!

José M. Martínez

Aceptando los «aguijones» de la vida (III)

3.- Aprender a vivir diferente

«Sé vivir humildemente y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado...»

En un viaje a la isla de Menorca descubrí una realidad muy ilustrativa de lo que es la reacción ante el aguijón. Paseando por la playa en un paraje protegido, observé cómo la vegetación, tanto arbustos como árboles, estaba fuertemente inclinada. El recio viento del norte que caracteriza esta parte de la isla ha moldeado un paisaje realmente curioso y altamente simbólico. Era espectacular contemplar los gruesos troncos de los pinos doblados como si de un juguete de goma se tratara. ¿Por qué hay árboles que se parten cuando sopla el huracán y otros, por el contrario, se *adaptan* a la fuerza agresora del viento inclinándose? La respuesta es importante porque ahí radica su capacidad de sobrevivir. La palabra clave es **flexibilidad**. Cuanto más rígido sea un árbol -lo mismo que un objeto- tantas más posibilidades de quebrarse bajo el efecto de una presión o un impacto fuertes. Por el contrario, cuanto más flexibilidad o *elasticidad*, tanto más se adapta a la presión agresora sin romperse.

Ante el trauma del aguijón, las personas somos como los árboles: tenemos una capacidad de adaptación que nos permite *resistir y reorganizar* la vida después del impacto de la experiencia traumática. A esta capacidad *elástica* se la conoce hoy con el nombre de **resiliencia**. Podríamos definir la resiliencia como la facultad de recuperarse después del trauma. El término se emplea en dos grandes áreas: en la metalurgia se aplica a la capacidad de un material de recuperar sus condiciones iniciales después de haber sufrido un golpe fuerte. De manera parecida, en física alude a la resistencia de los materiales a la presión y la recuperación de su estructura. El psiquiatra y etólogo francés Boris Cyrulnik ha sido el pionero en introducir esta idea en el campo de la psicología y aplicarla, en especial, a los niños víctimas de grandes traumas infantiles (por ejemplo, haber sobrevivido a los campos de concentración nazis). Cyrulnik nos viene a decir que una infancia infeliz no determina la vida. Sus conceptos nos sirven también para los adultos, en especial su énfasis en el amor como fuerza terapéutica suprema.

Una persona **resiliente** viene a ser como los árboles de Menorca: ante el embate del viento, se adapta. Instrumentos clave para ello son la reorganización y la adaptación. Veamos ahora de qué maneras prácticas puede reorganizarse la persona afligida por el aguijón.

La práctica de la adaptación. El ejemplo de Pablo.

Volvamos ahora a la experiencia de Pablo. En el pasaje de Filipenses 4, nuestra referencia en todo el tema del contentamiento, el apóstol menciona situaciones concretas que ha tenido que aprender: «Sé vivir humildemente, y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado» (Fil. 4:12). Aunque Pablo aquí alude sobre todo a su situación material, sabemos que su vida constituye un excelente ejemplo de adaptación a uno o varios aguijones. Veamos con detalle tres aspectos que Pablo tuvo que aprender y que son elementos clave en toda adaptación al aguijón:

Disposición a cambiar. El cambio es parte integral de la vida. De hecho, nuestra supervivencia como raza depende en gran medida de la capacidad de cambiar para adaptarnos a las circunstancias nuevas. Sin embargo, a la mayoría de personas los cambios nos producen ansiedad porque nos abocan a situaciones desconocidas. Es la llamada ansiedad de abordaje o de inicio, fenómeno que en mayor o menor medida nos afecta a todos y que es normal. ¿Qué puede ayudarnos a asimilar los cambios que todo aguijón conlleva? El primer requisito es la **flexibilidad** como ya apuntábamos antes. Ser flexible es esencial para aprender a convivir con la nueva situación porque disminuye el estrés del cambio y nos permite, así, luchar mejor. Por el contrario, su opuesto que es la rigidez nos lleva a quedar anclados en el pasado añorando «lo que antes era o tenía» y lamentando, como el poeta español, «que cualquier tiempo pasado fue mejor». Una persona rígida no sabe adaptarse al presente, teme al futuro y se refugia en el pasado. Esta actitud es un gran obstáculo para la adaptación.

El apóstol Pablo fue un verdadero maestro de la flexibilidad y la disposición a adaptarse –contentarse- a nuevas situaciones. Su dramática conversión supuso un cambio tan radical que afectó hasta lo más profundo de su identidad, simbolizado en un nombre nuevo. Saulo, el perseguidor, pasó a ser Pablo el perseguido; de una posición social respetable, pasó a ser un paria para sus ex colegas fariseos; de tener autoridad, pasó a sufrir azotes y cárcel. En un memorable pasaje Pablo nos abre su corazón para compartir con detalle algunos de estos cambios tan significativos (Fil. 3:4-8). De igual manera en 2ª Corintios nos da algunas pinceladas de su estado emocional: «como castigados, mas no muertos; como entristecidos, mas siempre gozosos; como pobres, mas enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo» (2 Co. 6:9-10). ¡Formidables paradojas que nos describen con gran fuerza la profundidad del contentamiento! Es el contraste entre la apariencia -como... como...-, y la realidad profunda.

Aprender "idiomas" nuevos. El segundo instrumento imprescindible para adaptarnos es el aprender nuevas habilidades, formas de vida que disminuyan el impacto del aguijón. Viene a ser algo así como aprender idiomas distintos que nunca antes habíamos hablado. A veces este aprendizaje es literal, como el invidente que debe aprender el braille. Otras veces es un aprendizaje manual, técnico: el discapacitado que debe aprender a andar de nuevo en su silla de ruedas. En ocasiones se trata de una forma de relación nueva, distinta a las anteriores, como los padres que han de aprender a comunicarse con un hijo afectado de una minusvalía mental. La lista de ejemplos podría ser muy larga. Prácticamente no hay aguijón que no requiera un lenguaje nuevo.

Característica común al aprendizaje –adaptación- de todos estos idiomas es que nos hacen sentir como niños otra vez. Hay que aprender a andar, a hablar, a leer o a relacionarse de formas que nunca antes habíamos hecho. Por ello el requisito fundamental aquí es doble: **humildad y perseverancia**. Al principio, el obstáculo parece insalvable. Es normal. También el niño que da sus primeros pasos caerá una y diez veces antes de coger la soltura suficiente para andar con seguridad. El adulto que empieza a hablar un idioma extranjero se siente tan limitado en su vocabulario como un niño que balbucea sus primeras palabras. No importa que te sientas así, como de vuelta a la infancia. Pronto descubrirás que aquello que te parecía un problema se ha convertido en una oportunidad que te enriquece y te abre unas perspectivas de crecimiento personal insospechadas.

La adaptación a la pérdida de autonomía. Una de las consecuencias más molestas de muchos agujones es el no poder valerse por uno mismo. Tener que depender de los demás es, probablemente, la experiencia más dura en todo el proceso. La autonomía personal es un bien precioso del que no somos muy conscientes hasta que lo perdemos. Los ancianos conocen muy bien este sentimiento. Es necesario aprender a pedir ayuda. ¿Acaso para pedir ayuda hay que aprender? Sí, sin duda, cuando esta petición nace de la persona impotente que quiere pero no puede. Está claro que el agujón genera un grado de incapacidad que nos obliga a depender de otros. No hay por qué avergonzarse ni sentirse humillado por tener que pedir ayuda cuando se necesita. En el fondo, esta es la esencia misma del Evangelio: «este pobre clamó y le oyó Dios» (Sal. 34:6).

El requisito esencial aquí es **la confianza**. En la lucha contra el agujón, tan importante como aprender a confiar en ti mismo, es saber confiar en los demás. Por supuesto que no nos referimos a confiar en cualquier persona o en todo el mundo. Se trata más bien de establecer vínculos especiales, sólidos, con unas pocas personas muy significativas. Éstas llegarán a ser como una extensión de ti mismo en una relación que puede ser preciosa. En realidad, la fuerza misteriosa de este vínculo es bilateral. También los cuidadores llegan a establecer esta confianza intensa. Nunca olvidaré el impacto que me produjo la relación que unos padres, amigos míos, tenían con su hijo afecto de parálisis cerebral infantil en grado profundo. ¡Qué comunicación más inefable, cuánto afecto había contenido en aquellos besos, en las caricias suaves en cada palabra que el niño parecía no entender con la cabeza, pero sí con el corazón!

La relación de David con Jonatán es un ejemplo de este principio. En su larga lucha contra el agujón que significaba la persecución a muerte de Saul, David establece con Jonatán, su amigo del alma, un vínculo de confianza tan fuerte que llega a decir en aquella hermosa elegía (canción) póstuma: «Más dulce me fue tu amor que el de las mujeres». Y en otro texto leemos: «...el alma de Jonatán quedó ligada con la de David, y lo amó Jonatán como a sí mismo» (1 S. 18:1-3). Humanamente la vida de David dependió en muchas ocasiones de la ayuda y la información de Jonatán. Fue la clave que le permitió huir –adaptarse- durante tantos años de desierto absurdo. Sí, esta es la forma de actuar de Dios; Él raramente nos deja solos ante el agujón. Dios suele proveer de un Jonatán que nos ayuda decisivamente en nuestra lucha. ¡Qué gran privilegio!

Pablo también tuvo que aprender este aspecto. Unas veces era por su dolencia en los ojos que le hacía depender de otras personas a la hora de escribir, tal como se nos relata en Gá. 6:11. Otras veces por sus experiencias de encarcelamiento, la expresión máxima de pérdida de autonomía y de libertad, como cuando escribe esta carta a los filipenses desde la cárcel de Roma. Ello le hizo dependiente de algunos colaboradores escogidos, personas de su confianza como Timoteo y Epafrodito entre otros, con los que llegó a tener este tipo de relación tan singular que antes hemos descrito. Es admirable comprobar los sentimientos de Pablo hacia Epafrodito en el pasaje de Fil. 2:25-30. Intenta descubrir quiénes son tu Jonatán o tu Epafrodito en tu lucha contra el agujón. Ésta es una de las experiencias más enriquecedoras de una vida.

Alguien podría objetar que las aflicciones en la vida del apóstol fueron algo voluntario, fruto de una decisión -la conversión- que él tomó libremente, mientras que los agujones de la vida, por lo general, nos vienen sin buscarlos ni desearlos. ¿Qué diremos a ello? Si, es cierto que algunos -no todos- de los agujones de Pablo fueron consecuencia directa de su obediencia a Cristo. El «discípulo no es mayor que su señor»

y, por ello, la vida cristiana está llena de experiencias duras que uno se habría ahorrado de no haber optado por el camino "estrecho". Como alguien ha dicho, la salvación es gratuita, pero en el discipulado no hay rebajas. Ello nos introduce en un tema fecundo: el aguijón por causa del nombre de Cristo, los sufrimientos y la persecución a causa de la fe. Por ello debemos concluir esta serie de tres artículos con el ejemplo de Jesús quien sufrió el mayor aguijón precisamente por su obediencia al Padre.

Cristo, modelo supremo de aceptación ante el mayor aguijón.

Hasta ahora hemos considerado la experiencia del apóstol Pablo. Hay, sin embargo, otro ejemplo que para nosotros constituye el modelo supremo de aceptación: Cristo ante el aguijón del pecado y de la muerte en la cruz. ¿Puede haber una experiencia más traumática tanto física como moralmente? En la cruz, Cristo experimentó una de las muertes más sádicas desde el punto de vista físico¹ y, sobre todo, la mayor injusticia y el mayor dolor moral que jamás hombre alguno haya sufrido. No debe ser casualidad que una de las escasas ocasiones en que aparece la palabra aguijón en el NT. se refiera precisamente a la muerte y al pecado (1 Co. 15:55-56). Cristo tenía que pasar por el mayor de los aguijones –experimentar la muerte y el peso del pecado- precisamente para librarnos a nosotros de su veneno mortal.

Nuestras experiencias de dolor pueden ser muy duras y difíciles de sobrellevar, pero quedan relativizadas ante el aguijón por excelencia que fue la cruz. Ningún aguijón humano puede ser mayor que éste: «Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz fue sobre él y por su llaga fuimos nosotros curados». Este vívido pasaje profético de Is. 53 nos presenta a Jesús como un experto en el sufrimiento, "doctorado en aguijones": «despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores y experimentado en quebrantos...» (Is. 53:3). Todo ello porque Dios «cargó en él el pecado de todos nosotros» (Is. 53:6). Una lectura detenida de este capítulo nos ofrece una impresionante descripción del sufrimiento por amor. Es ahí donde empezamos a vislumbrar los poderosos rayos de luz que el Evangelio arroja sobre el misterio del sufrimiento injusto. Personalmente se me hace difícil leer este pasaje sin emocionarme.

En aquella noche oscura de angustia, vemos al Señor en Getsemaní ante el aguijón de su muerte atroz siguiendo los mismos pasos que hemos visto en el apóstol Pablo:

- «Padre, si es posible, pase esta copa de mí». **Lucha** por eliminar el aguijón. Como hombre, Jesús tiene la misma reacción que cualquiera de nosotros: procura evitar aquel trauma, busca cambiar las cosas. Es la fase legítima y natural de lucha.
- «Con gran clamor y lágrimas». **Oración ferviente** al Padre. El autor de hebreos nos describe con gran realismo, casi de forma cruda, la intensidad emocional de la lucha en oración de Jesús con el Padre: «Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente.». (He. 5:7). Por el relato de los Evangelios sabemos que «se angustió en gran manera» y «estando en agonía oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra» (Lc. 22:44). Y en Mateo se lee: «mi alma está muy triste hasta la muerte» (Mt. 26:38).

¹ La muerte de un crucificado era lenta, duraba hasta 18-20 horas, y se consideraba la forma más atroz de ejecución en el Imperio Romano.

- «Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya». Una **disposición** plena a la **obediencia**: «pero no sea como yo quiero, sino como tú» (Mt. 26:39). El sometimiento de Cristo a la voluntad del Padre era completo, ya desde el comienzo mismo de su vida en la tierra. El cántico de Filipenses 2 nos lo describe con estas palabras: «...se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil. 2:8).

La lucha por cambiar las cosas y la oración ferviente al respecto siempre deben venir enmarcadas por la sumisión a la voluntad de Dios, aunque nos parezca misteriosa y oscura. A primera vista nos sorprende la afirmación de que Jesús «fue oído a causa de su temor reverente» (He. 5:7). ¿En qué sentido fue oído? Dios no le libró de la muerte. Cristo tuvo que pasar por el trago amargo de la cruz. Desde nuestra perspectiva humana, ser oído por el Padre debería implicar una respuesta afirmativa a su petición, es decir librarle de la copa de la muerte. Pero sabemos que esto no fue así. Dios le oyó en el sentido de que envió un ángel del cielo para fortalecerle. Es muy evidente en el texto de Lucas la relación causa efecto entre la petición de Jesús «Padre, si quieres, pasa de mí esta copa» (Lc. 22:42) y la respuesta inmediata del Padre: «Se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle» (Lc. 22:43). Gran lección para nosotros: Dios no siempre nos va a librar del aguijón, pero siempre nos dará los recursos necesarios para luchar contra él.

Concluimos. Cristo sufrió y superó de forma admirable el más grande aguijón. Por ello «no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades» (He. 4:15). Cristo nos ayuda en nuestros agujones de dos grandes maneras: por un lado, porque nos da un ejemplo supremo, es nuestro modelo a seguir. Pero también, y sobre todo, porque su gracia sobrenatural nos fortalece en nuestra debilidad. Cristo, a diferencia de un gran maestro humano, como podría ser Gandhi, nos proporciona la fuerza que nos hace exclamar con Pablo «todo lo puedo en Cristo que me fortalece». Dependemos de Cristo porque su gracia se hace perfecta en nuestra debilidad.

Dr. Pablo Martínez Vila

El rostro humano de Dios

Se dice, no sin cierta razón, que la cara es el espejo del alma. Los diferentes aspectos de nuestro rostro manifiestan por lo general nuestro estado de ánimo: alegría, tristeza, sorpresa, ansiedad, ira, apacibilidad, compasión, amor... Y es innegable que la expresión de nuestra cara, a menos que finjamos, influye poderosamente en nuestra relación con otros. En el éxito de la comunicación pocas cosas influyen más que la expresión del rostro. ¿Puede aplicarse esa observación a nuestra relación con Dios? Dicho de otro modo:

¿Podemos hablar de la faz de Dios?

Sabido es que en la Biblia frecuentemente se usa un lenguaje antropomórfico cuando se refiere a Dios, quien es representado como si fuese un hombre. En tal caso no podemos interpretar las referencias a él literalmente como si tuviese un cuerpo físico a semejanza de los humanos, pues «Dios es Espíritu» (Jn. 4:24). Por algo fue rotundamente prohibido el uso de imágenes en Israel. Pero aun si la faz de Dios tuviese una expresión física, al hombre le estaría vedado contemplar su gloria. Aun a Moisés, su siervo escogido, tuvo Dios que decirle: «No podrás ver mi rostro, porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo» (Éx. 33:20). A lo sumo el hombre ha visto las maravillosas obras de Dios, sus milagros, su acción redentora en favor de su pueblo, sus intervenciones en el control de la historia del mundo, su manifestación en la figura del «ángel de Yahveh», etc. Pero el rostro de Dios nadie lo ha visto. Moisés -valga la paradoja- «se mantuvo como viendo al Invisible» (He. 11:27). Con todo, muchos -creyentes incluidos- se imaginan a Dios como un anciano de luengas barbas que cabalga majestuoso sobre nubes. El arte cristiano nos ha dejado la figura de un Pantocrátor de expresión fría que hace pensar en un Ser todopoderoso, perfectamente justo, soberano, Rey de reyes y Señor de señores, divinidad impasible. Su rostro, más que confianza, inspira temor al juicio venidero. Pero no es esta imagen la que corresponde al concepto bíblico de Dios. Esencialmente, y en la mayoría de los casos, el semblante de Dios no refleja cólera, sino amor. No tiene por finalidad asustar, sino alentar; no turbar, sino infundir paz. En días de Moisés, dada la rebeldía del pueblo israelita, una idea inadecuada de Yahveh podía infundir pavor. Pero al caudillo israelita le dijo Dios: «Mi rostro irá contigo y te haré descansar» (Éx. 33:13-14).

El rostro divino y Cristo

La auténtica faz de Dios sólo podemos verla en la persona de su Hijo unigénito, el Verbo divino, aquel que dijo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn. 14:9). «Dios resplandeció para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Co. 4:6). «Nadie ha visto jamás a Dios. El Hijo único, que es Dios y vive en íntima comunión con él, nos lo ha dado a conocer» (Jn. 1:18, versión Biblia de Estudio). Por supuesto, tampoco podemos hacernos una idea cabal de la cara física de Jesús, pese a los esfuerzos de eminentes artistas que lo han pintado con respetuosa imaginación, (véase el Tema del Mes de Mayo 2001: «¿Una imagen nueva para Jesús?»). A Cristo sólo podemos conocerle a la luz del Evangelio, «por fe, no por vista» (2 Co. 5:7). Sólo así llegamos a contemplar la belleza de su carácter, la generosidad de su amor, la fidelidad de sus promesas, lo impresionante de su obra, todo ello reflejo de las características de Dios.

Dios ¿puede sufrir?

En Cristo Dios se acerca a los hombres. El Hijo encarnado es Emanuel, «Dios con nosotros». Y por nosotros. Dios está, por así decirlo, comprometido con nuestra salvación y juntamente con su Hijo participa en la obra dolorosa de la expiación del pecado para salvación de los seres humanos. En la cruz Dios «estaba en Cristo reconciliando el mundo a sí» (2 Co. 5:19). ¡Misterio profundo! ¿Significa esto que Dios puede sufrir? Algunos teólogos -más bien filósofos-, envueltos en especulaciones metafísicas, han negado esa posibilidad alegando que la inmutabilidad de Dios implica su impassibilidad (que no puede sufrir). Pero en la Biblia hay textos muy significativos que presentan a Dios con sentimientos doloridos, como un gran sufriente: «En toda angustia de ellos él fue angustiado» (Is. 63:9). «Así ha dicho Yahveh (hablando a su pueblo): "El que os toca, toca la niña de mi ojo"» (Zac. 2:8). ¿Acaso no hay sufrimiento inaudito en las palabras de Dios transmitidas por el profeta Oseas: «¿Cómo podré abandonarte, oh Efraím? ¿Cómo podré entregarte, oh Israel?... Mi corazón se revuelve dentro de mí; se inflama toda mi compasión» (Os. 11:8).

Es sumamente difícil imaginarse a Dios contemplando impassible a su Hijo en la cruz. Me parece oportuno citar aquí unas palabras de Richard Bauckham: «Solamente si podemos decir que Dios mismo estaba implicado en el sufrimiento de Cristo en la cruz podemos hacer justicia al lugar de la cruz en la fe cristiana». Si es así, no parece justificado buscar el rostro de Dios en el Pantocrator. Es mucho más iluminador contemplarlo a la luz del Calvario. Con ella resplandece la gloria de la justicia divina: Dios «ni aun a su propio Hijo eximió, sino que lo entregó por todos nosotros» (Ro. 8:32). Pero, sobre todo, resplandece el amor infinito de Dios: «De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito... como propiciación por nuestros pecados» (Jn. 3:16; 1 Jn. 4:10).

De todo lo expuesto se deduce que si Dios es sensible ante la cruz también lo es frente al sufrimiento humano en general. Recordemos Is. 63:9: «En toda angustia de ellos él fue angustiado». Incluso en los padecimientos más angustiosos. Aunque no entendamos la aparente lejanía de Dios en los grandes dramas de la humanidad (odios, guerras, campos de concentración, genocidios, etc.). ¿Dónde estaba Dios cuando en los campos de exterminio nazis morían millones de víctimas? ¿Qué hacía? Estaba preparando un principio de esperanza. Sí; de un modo que excede a nuestra comprensión, Dios sufre. Y, en unión de su Hijo, reacciona poniendo en acción los recursos de su gracia necesarios para cambiar la situación de la humanidad (Ro. 8:18-23). En el fondo, la historia del mundo es historia de salvación. La maldad en sus múltiples formas será eliminada; el imperio del mal será sustituido por el Reino de Dios. De ese modo, el dolor de Dios dará lugar al triunfo de Dios en el orden y el bienestar de una nueva creación.

En Cristo se encuentran la divinidad y la humanidad. Dios va a ser glorificado. El hombre va a ser redimido. Dios acepta pagar el precio de nuestra salvación: la humillación, el dolor, la cruz (Fil. 2:7-8). En Cristo no fue ajeno a ninguna de nuestras necesidades; compartió nuestros padecimientos. Y lo más insólito: se solidarizó con los seres humanos en su estado de miseria moral para librarlos de su condición y elevarlos a la dignidad de hijos suyos. Santo, se acercó a los más caídos, a los marginados, a los tenidos por despreciables en la sociedad, e hizo de ellos hombres y mujeres nuevos. En todo momento actuó como el restaurador de los maltrechos por la desgracia o por las consecuencias del pecado. Cristo, en su encarnación y su acercamiento a la humanidad,

ha efectuado una total renovación: «Si alguno está en Cristo es una nueva creación; las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas» (2 Co. 5:17). Al decir «todas» quiere indicar la totalidad de la persona y de su vida: su carácter, sus aspiraciones, sus valores y prioridades, su comportamiento, su relación con Dios y con sus semejantes. Asimismo incluye la influencia del pueblo cristiano en el mundo como sal y luz. Cristo es la imagen perfecta de Dios. El cristiano es llamado a ser imagen viva de Cristo.

Lo que llevamos dicho de Cristo es aplicable al Padre. El Señor Jesús afirmó: «Yo y el Padre somos una sola cosa» (Jn. 10:30), «Todo lo que el Padre hace, también lo hace igualmente el Hijo» (Jn. 5:19). De modo análogo podría decirse que todo lo que el Hijo hace también lo hace el Padre juntamente. En la obra de la salvación Dios y su Hijo están plenamente identificados.

Dios y el rostro de sus redimidos

En el principio, el hombre fue hecho a imagen de Dios. En la segunda creación, el hombre es «modelado conforme a la imagen de su Hijo» (Ro. 8:29 RV77). Y dado que Cristo es imagen de Dios (2 Co. 4:4), se sobrentiende que el creyente ha de reflejar el rostro de Dios, con las mismas características que vemos en Cristo. Esta idea es expresada admirablemente por la Biblia de Jerusalén al traducir Ro. 8:29: «a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo».

Ello implica que también el cristiano ha de «encarnarse» a semejanza de su Señor: acercándose a sus semejantes, penetrando amorosamente en su situación espiritual y existencial, entendiendo que encarnarse es «estar con» el otro, comprender sus problemas y necesidades; si es necesario, sacrificarse y sufrir para su bien. El discípulo de Cristo ha de mostrar el mismo rostro que su Salvador. No es del mundo, pero está en el mundo y como hijo de Dios, en su relación con el mundo, ha de ejercer una influencia social altamente benéfica, la más benéfica que se puede imaginar.

La faz del creyente, al modo de la de Dios, resplandece irradiando comprensión, bondad, tolerancia santa, abnegación, magnanimidad, haciendo visible la gloria de la gracia salvadora de Dios.

En los albores de la nación israelita, el rostro de Moisés resplandecía como resultado de haber estado en la intimidad de la presencia del Altísimo (Éx. 34:29). De modo similar debe resplandecer la faz del creyente que vive cerca de Dios. Que él nos ayude por su Espíritu para que así sea, a fin de que en nosotros pueda verse siempre un rostro tan humano como el de Jesús, el de Dios.

El Señor dice: «Buscad mi rostro»; y mi corazón responde: «Tu rostro buscaré; Señor, no escondas tu rostro de mí.» (Sal. 27:8-9).

José M. Martínez

Bebiendo la copa del Padre

«La copa que el Padre me ha dado ¿acaso no la he de beber?» (Jn. 18:11)

Muchas iglesias conservan todavía la celebración de las festividades más sobresalientes del calendario litúrgico, entre ellas las relativas a la pasión y muerte de Cristo. La prominencia de estos eventos en los evangelios justifican que les demos una atención especial. No podemos perder de vista que en torno a la cruz del Gólgota gira nuestra salvación. Todos y cada uno de los detalles registrados por los evangelistas están cargados de significado. Impresionan, instruyen y animan. Por nuestra parte, consideraremos los sufrimientos del Salvador a la luz de una imponente metáfora: la «copa» que Jesús había de beber. Antes, sin embargo, nos detendremos para considerar un hecho de importancia capital:

La copa de la ira de Dios pende sobre los pecadores

Las Escrituras, Antiguo y Nuevo Testamento, nos muestran de modo inequívoco que Dios es «el Juez de la tierra que da a los soberbios su merecido» (Sal. 75:8; Sal. 94:2; Is. 51:17; Jer. 25:15; Hab. 2:16). Esa copa se derrama sobre individuos y pueblos. De no ser por la gracia de Dios, todos quedaríamos sometidos a su juicio condenatorio, «por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro. 3:23). No podían ser más solemnes las palabras del Señor Jesucristo: «Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente» (Lc. 13:3). Sobre todos se inclina el cáliz de la justa cólera divina, pues el hombre, por su condición natural a raíz de la caída, propende a alejarse de Dios y a transgredir sus leyes. De una u otra manera se convierte en un rebelde recalcitrante. De modo irrefutable afirma el apóstol Pablo: «Vosotros erais antes... enemigos de Dios en vuestro corazón por las cosas malas que hacíais» (Col. 1:21). ¿Acabará de inclinarse la copa de modo que su contenido se vierta sobre nosotros? ¡No es ése el propósito de nuestro Padre!

La copa redentora de Cristo

Para remediar el estado de perdición en que se hallaba la humanidad Dios envió a su Hijo al mundo para llevar a cabo nuestra redención. La finalidad de su venida no era simplemente la de un profeta que comunica un mensaje de Dios. Cristo, mucho más que un profeta, vino para salvar lo que se había perdido (Lc. 19:10). Los seres humanos estábamos caídos en un pozo profundo, cenagoso, fatídico; y el Hijo de Dios quiso bajar al fondo de ese pozo para rescatar a quienes estaban en él. En todo, excepto el pecado, se identificó con ellos. Voluntariamente se hizo representante de una humanidad pecadora, condenada. Toda la carga del pecado, que arruinaba a los humanos, fue asumida por él con objeto de redimirlos. Él vino al mundo para ser «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn. 1:29). Y el único modo de quitarlo era expiarlo mediante su muerte. «Cristo padeció una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios» (1 P. 3:18). ¡Maravilla de amor!

Tal prodigio nos conmueve, máxime cuando tenemos en cuenta que los sufrimientos de Jesús en la cruz no eran solamente físicos, pese a que éstos habían de ser horriblemente intensos, sino morales y espirituales. Ante Dios él aparecía como representante del género humano. De modo inaudito, se «revestía» virtualmente de nuestros pecados, con todo lo que de intolerable tienen éstos a ojos del Dios

perfectamente santo. Por eso el juicio que merecíamos nosotros recayó sobre él. «Dios no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Ro. 8:32). En un sentido misterioso, Cristo en la cruz, a ojos de Dios, aparecía como el gran «pecador de pecadores», sustituto de los pecadores auténticos. ¿Podemos imaginarnos la agonía moral que tal revestimiento conllevaba? Los evangelistas no nos dan muchos detalles sobre los padecimientos de Jesús en su pasión y muerte, pero sí los suficientes para hacernos una idea del horror de aquella experiencia. En Getsemaní el Señor «comienza a entristecerse y a sentir gran angustia» (Mt. 26:37) y confiesa: «Mi alma está abrumada de una tristeza mortal» (Mt. 26:38 y pasajes paralelos). Era la suya una tristeza sin parangón. «Estando en agonía, oraba más intensamente, y era su sudor como grandes gotas de sangre engrumecidas que caían sobre la tierra» (Lc. 22:44). No es de extrañar que por tres veces consecutivas pidiera al Padre celestial ser liberado de su tormento. En aquella hora de agonía indescriptible, sabía que, cargado con los pecados del mundo, había de sufrir lo más doloroso: ser abandonado por el Padre. ¡Cuán patético su clamor en la cruz!: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt. 27:46). Este era el ingrediente más amargo en el cáliz que Jesús había de apurar.

Los apóstoles Juan y Santiago contestaron muy a la ligera cuando Jesús les preguntó: «¿Podéis beber la copa que yo he de beber?» Ellos respondieron precipitadamente: «Podemos» (Mt. 20:22). Ningún ser humano puede sufrir como Cristo. Nadie puede entregarse a la muerte para librar a alguno de sus semejantes del juicio y la condenación.

Nosotros hoy, con más luz espiritual, sabemos que no podemos. La pasión y muerte de Jesús fue única. Nuestros sufrimientos y nuestra muerte son resultado de nuestro pecado (Ro. 5:12). Los de Cristo son los propios del «buen Pastor que da su vida por las ovejas» (Jn. 10:11). Pese a la infinita distancia existente entre el Redentor y los redimidos, en cierta medida y de algún modo, los creyentes en él somos llamados a compartir su cáliz. Así lo indicó Cristo a los dos hijos de Zebedeo: «A la verdad, mi copa beberéis» (Mt. 20:22-23).

La copa del cristiano

Menudean los textos bíblicos que usan la metáfora de la copa para expresar los contenidos de gozo que tiene la experiencia del creyente. El salmista dio testimonio de este hecho: «El Señor es la porción de mi herencia y de mi copa... Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos y es hermosa la heredad que me ha tocado» (Sal. 16:5-6). Señor, «me has preparado un banquete... has vertido perfume sobre mi cabeza y has llenado mi copa a rebosar» (Sal. 23:5). También los profetas aludieron a esa bendición. En Sión se hallan «alegría y gozo, alabanza y voces de canto» (Is. 51:3). Y el Nuevo Testamento está repleto de referencias al gozo de la salvación que disfrutaban los redimidos (Jn. 15:11; Jn. 16:24; Hch. 13:52; Gá. 5:22).

Sin embargo, el hecho de que el creyente pueda hallar en la presencia de Dios plenitud de gozo y deleites a su diestra para siempre (Sal. 16:11) no significa que la vida de piedad sea una fiesta continua, exenta de oscuridades y sufrimientos. En la copa frecuentemente hay ingredientes amargos, algunos intensamente dolorosos. Muchas veces son manifestación de nuestra identificación con Cristo. Él mismo previno a sus seguidores de falsas esperanzas: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí

mismo, tome su cruz y sígame» (Mt. 16:24); «el que no toma su cruz y viene en pos de mí no puede ser mi discípulo» (Lc. 14:27).

También hay padecimiento en la experiencia de nuestra santificación. Cuando el creyente se permite formas de conducta opuestas a la santidad cristiana, Dios le corrige y, por lo general, la corrección duele, a veces mucho (He. 12:4-11).

Asimismo el sufrimiento robustece la fe (1 P. 1:6-7). En la misma carta exhorta Pedro a no desmayar frente a las pruebas. Las tribulaciones no han de ser motivo de sorpresa, sino de gozo, «por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría» (1 P. 4:12-13).

Quizá lo más difícil de aceptar es el sufrimiento causado por experiencias duras de la vida: enfermedad, fracaso familiar, soledad, muerte de seres queridos... Estas experiencias oscurecen la fe con dudas torturadoras: ¿El ser humano está solo en el universo? ¿Tiene algún sentido su vida? La oración, ¿realmente «cambia las cosas»? ¿Me oye Dios cuando clamo a él con la sensación de que está oculto en la lejanía y el silencio? A esas preguntas sigue otra, la conclusiva: «¿Por qué me sucede a mí esto?».

La respuesta a que llegan muchos es que el curso de cuanto sucede en nuestra vida es fruto de un destino tan ciego como implacable. Pero la Sagrada Escritura, así como la experiencia de muchos creyentes, nos da una respuesta iluminadora, pues encuadra todos los acontecimientos en el marco de la Providencia divina. Los pajarillos del campo hallan lo necesario para su sustento porque Dios los alimenta (Mt. 6:26). Los cabellos de nuestra cabeza están todos contados (Mt. 10:30); ni uno solo cae al suelo sin su consentimiento. Y el apóstol Pablo resume la doctrina de la Providencia cuando afirma que «Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes le aman» (Ro. 8:28). Esto es así aun en los casos en que la copa de nuestra vida es por demás amarga. No podemos olvidar que es «la copa del Padre», el Dios todo sabiduría, poder, misericordia. También yo he de decir con mi Maestro: «La copa que el Padre me ha dado, ¿acaso no la he de beber?» (Jn. 18:11). Al final, todo se torna en bendición. Normalmente nuestro Dios, concluida la finalidad con que envió la prueba, hace resplandecer la plenitud de su bondad. Tal fue la experiencia de Job. Será también la nuestra si permanecemos firmes en la fe. Y cuando llegue la hora de la liberación podremos decir con el salmista: «De ti, Señor, brota el manantial de la vida. En tu luz vemos la luz» (Sal. 36:9). Una de las obras maravillosas de Dios es que torna en danzas mis lamentos; me quita el luto y me viste de fiesta» (Sal. 30:11).

Ante la copa que Dios ha preparado para mí, ¿cómo reacciono? ¿Con actitud de resistencia? ¿Con resentimiento? ¿Con un deslizamiento a las honduras del desánimo? ¿Con enfado por el modo como Dios me trata?

Sólo cabe una reacción sensata: la de una sumisión confiada a la voluntad divina, sin protestas, sin vacilación, asumiendo el ejemplo de Jesús y derramando en oración el contenido de mi cáliz con todo mi dolor, mi turbación, mi resistencia: «Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú... Si no es posible que pase de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad» (Mt. 26:39, Mt. 26:42).

José M. Martínez

Problemas de la autoestima

Pocas cosas son tan difíciles como la valoración de un ser humano, pues nada hay más complejo y contradictorio que la personalidad de cualquier hombre o mujer. En cualquier caso pueden observarse cualidades positivas, valores indiscutibles, rasgos de carácter admirables. No podemos perder de vista que toda persona tiene una dignidad original, pues sigue conservando la imagen de Dios (Gn. 9:6), por más que en su conducta sobresalgan las inclinaciones propias de un ser moralmente caído.

Pero al mismo tiempo -a menudo en la misma persona- se observan características poco o nada loables. Nuestros semejantes nos juzgan por lo que ven en nosotros, y ello nos mueve a aparentar lo que en realidad no somos o tenemos. Incluso cuando nos juzgamos a nosotros mismos nos cuesta ser sinceros y vernos tales como somos, con lo que damos una falsa imagen que dificulta nuestras relaciones con quienes nos rodean (en la familia, en la iglesia, en la esfera de trabajo, etc.). No obstante, también podemos minusvalorarnos al fijar de modo obsesivo nuestra atención en nuestros defectos y carencias. Es triste que un creyente se diga: «Soy una nulidad, un don nadie». Eso, además de triste, es falso, como veremos en la segunda parte de este artículo. Conviene, pues, ser objetivos y equilibrados, de modo que la imagen de nuestra persona y nuestra vida sea la que en nosotros ve Dios. A la luz de su verdad, consideremos esta delicada cuestión.

Autovaloración por exceso

El apóstol Pablo ya previno a los creyentes de Roma para que no cayeran en un autoengaño reprobable: «que nadie tenga de sí más alto concepto que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura» (Ro. 12:3).

Nada más falso y repulsivo que los aires de superioridad con que se mueven los arrogantes. Su modo de hablar, sus modales, su afán incontrolado de sobresalir entre sus semejantes, su deseo de dominarlos. En su opinión, sus conceptos son siempre los correctos; sus sugerencias, las más acertadas; quienes les contradicen no pasan de ser pobretones ignorantes. La realidad, sin embargo, es muy otra. El verdadero sabio entiende que «el temor del Señor es aborrecer el mal, la soberbia y la arrogancia» (Pr. 8:13).

La vanagloria, a su vez, no es resultado de una ambición encubierta de la que no se es consciente. Tampoco es una reacción inconsciente para superar sentimientos de inferioridad (¡paradojas de la psique humana!). Pese a todo, cuando de algún modo uno se examina a sí mismo con objetividad y sinceridad, a la luz de la Palabra santa, ha de admitir la existencia en su vida de elementos claramente pecaminosos que Dios condena: «Cualquiera que se ensalzare será humillado» (Mt. 23:12). Más tarde o más temprano, quien busca desmedidamente su propia elevación acaba abatido por su vanidad. La arrogancia siempre acarrea la desestimación de Dios y el rechazamiento de los hombres. ¡Cuánta verdad hay en las palabras del autor de Proverbios: «Cuando viene la soberbia, viene también la deshonra; mas con los humildes está la sabiduría» (Pr. 11:2; Is. 2:11, 17)!

En la Escritura hallamos ilustraciones impresionantes del fin de los arrogantes. He aquí unos botones de muestra:

El rey Uzías, «cuando ya era fuerte su corazón, se enaltecíó para su ruina (...) entrando en el templo de Yahveh para quemar incienso en el altar». En su ensoberbecimiento, parece no tener suficiente con la corona real, por lo que usurpa una de las funciones reservadas exclusivamente a los sacerdotes. Y el juicio divino sobre él se manifiesta súbitamente con una lepra que desfigura repulsivamente su rostro (2 Cr. 26:16-21).

No menos impresionante es la historia de Babilonia. El solo nombre de la gran ciudad, capital de un imperio, suscitaba terror. Babilonia se encumbró sobre los pueblos del Medio Oriente, pero fue abatida y humillada por el soberano juicio de Dios. Lo predicho por Isaías y Jeremías tuvo cabal cumplimiento (Is. 13:19, Jer. 51:12-64). Sus profecías se resumen en un vaticinio sobrecogedor: «Babilonia, hermosura de reinos, y ornamento de la grandeza de los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, a las que trastornó Dios» (Is. 13:19). «He aquí, yo estoy contra ti, oh monte destructor, que destruiste toda la tierra; extenderé mi mano contra ti y te reducirá a monte quemado.» (Jer. 51:25).

En el Evangelio de Lucas encontramos la figura del fariseo engreído que oraba no a Dios, sino a sí mismo: «Te doy gracias, oh Dios, porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros (...) Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mientras que el publicano (cobrador de impuestos), de pie y a bastante distancia, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lc. 18:11-14). El primero, en su narcisismo religioso, rebosaba satisfacción, pero la aprobación de Jesús fue otorgada al segundo.

Un último ejemplo aleccionador: la iglesia de Laodicea había caído en una presunción ridícula: afirmaba que era rica y de nada tenía necesidad; pero el Señor veía su situación real de modo muy diferente: «No sabes que tú eres un desdichado, miserable, pobre, ciego y desnudo» (Ap. 3:17). Ese contraste valida la máxima en boga en nuestros días: «Dime de qué te jactas y te diré de qué careces».

Los ejemplos que acabamos de considerar nos deben llevar a examinarnos a nosotros mismos con realismo y humildad. Lo que importa no es lo que pienso yo de mí mismo. Lo que en definitiva vale es el juicio de Dios, «porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado, sino que el que me juzga es el Señor» (1 Co. 4:4). Partiendo de esa verdad deduce Pablo un elemento preventivo contra el envanecimiento (1 Co. 4:6). Si algo tengo, si algo me eleva y dignifica, todo es en último término un don de la gracia de Dios, «porque ¿quién te distingue o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieses recibido?» (1 Co. 4:7). Seguramente, el lector consciente de lo ridículo y peligroso de la arrogancia se esforzará en cultivar la virtud de la humildad. Deseo noble, pero no exento de errores. Una modestia mal entendida puede anular cualidades y talentos admirables que no deben ser negados, sino orientados y adecuadamente potenciados. Esto nos lleva al segundo punto de nuestro tema:

Autoestima disminuida

Muchas personas se ven atenazadas por paralizantes sentimientos de inferioridad. ¡Qué profundo drama se oculta tras frases como «No valgo nada», «Para nada sirvo»,

«Soy un fracasado», «Cualquiera es más inteligente que yo»! La persona que hace ese tipo de declaraciones no se conoce bien a sí misma. Y aun menos conoce a Dios. Desde el principio, Dios quiso asociar al hombre a su obra de mantenimiento de la creación (Gn. 2:15), para lo cual le dio la capacidad necesaria. Y en la nueva creación los redimidos son hechos miembros del cuerpo de Cristo, la Iglesia. ¿Piensa alguien que esos miembros son puestos en la Iglesia como elementos decorativos? ¡En modo alguno! Su finalidad es realizar la obra que Cristo le ha encomendado: la predicación del Evangelio para la extensión de su Reino. No ha sido formada primordialmente para exhibición, sino para la acción. A tal fin se ha dotado a la Iglesia con los dones del Espíritu Santo.

Es verdad que hay factores genéticos y ambientales que en gran parte determinan la formación de nuestro carácter, de nuestras capacidades y de nuestras propensiones; pero todo, en último término, está en las manos de Dios (véase el Salmo 139, especialmente los versículos 13-18). Él lo controla y dirige todo por encima de cualquier otra circunstancia. Él sabe coordinar sus propósitos con el curso de su Providencia y la acción de su Espíritu, para la realización de sus planes, ello superando nuestras debilidades, carencias y resistencias. El pueblo de Israel había sido un fiasco como «siervo» de Dios; sin embargo, Dios le dice: «A mis ojos fuiste de gran estima; fuiste honorable y yo te amé» (Is. 43:4). Ciertamente, mucho más importante que nuestra autoestima es la estimación de Dios. Así lo vemos en los ejemplos de tres hombres de la Biblia:

Moisés

Llamado por Dios para que pidiese al faraón la liberación de Israel, su primera reacción es negativa. Se siente incapaz de llevar a cabo tan descomunal empresa. Sus primeras palabras revelan lo pobre de su autoestima: «¿Quién soy yo para que vaya al Faraón y saque a los hijos de Israel?» (Éx. 3:11). «¿Quién soy yo?» He aquí la gran pregunta que ha inquietado a infinidad de seres humanos. Moisés se veía como lo que era: un proscrito en el desierto de Madián. Dios le explica minuciosamente lo que va a hacer por medio de él, pero nada le convence, y busca una excusa de mucho peso: «Señor, nunca he sido hombre de fácil palabra (...) porque soy tardo en el habla y torpe de lengua» (Éx. 4:10). ¿Qué podía esperarse de la gestión de un tartamudo en la corte del faraón? Pero la paciencia y la perseverancia de Dios acaba con la actitud negativa del escogido para ser el líder de su pueblo. Dios está por encima de nuestras valoraciones y de nuestros criterios racionalistas.

Jeremías

También este gran profeta opuso resistencia al llamamiento de Dios. Ante lo difícil del plan divino para su ministerio, sólo ve su inexperiencia y su debilidad. De ahí su negativa inicial: «¡Ah!, ¡ah, Señor Jehová!, He aquí, no sé hablar porque soy niño» (Jer. 1:6). ¿Niño? Probablemente usaba esta palabra para indicar que no tenía aún edad suficiente para asumir responsabilidades de carácter público. Por consiguiente, pensaría que carecía de autoridad para comunicar al pueblo la palabra de Dios. El Señor ya le había revelado su elección y su propósito de hacer de él su profeta; pero el joven Jeremías no ve el poder de Dios que le sostendría en medio de sus muchas pruebas. Sólo ve su insignificancia, su incapacidad para una obra propia de gigantes. Le faltaba mucho para entender que el poder de Dios se perfecciona en la debilidad de sus siervos y que «cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co. 12:9-10).

Timoteo

El libro de los Hechos y las cartas de Pablo nos permiten conocer mucho de Timoteo. En ellas aparece un hombre convertido a Cristo en su juventud. Muy pronto después de su conversión aparece acompañando a Pablo en su segundo viaje misionero, y cerca de él se mantiene gozando de la estima del gran apóstol. Sin embargo, nunca se distingue por hechos espectaculares. Por su carácter, retraído y tímido, y por su juventud, siempre aparece en un segundo plano. No obstante, su vida y su ministerio fueron de un valor extraordinario en la causa del Evangelio. Con todo, parece que siempre tuvo que enfrentarse con problemas de autoestima. Pablo tuvo que animarle cuando se veía demasiado joven («Nadie tenga en poco tu juventud» (1 Ti. 4:12)) o cuando el temor dificultaba su ministerio (2 Ti. 1:6-9).

Conclusión

Como hemos podido ver, es difícil lograr una imagen equilibrada de nuestro yo. Factores como la herencia transmitida por vía genética, la historia biográfica de cada uno, las aspiraciones más valoradas, todo contribuye a la formación del carácter y a la determinación de la conducta; pero el cristiano tiene recursos sobrenaturales que le proporciona la gracia de Dios mediante la acción del Espíritu Santo. Por la fe en Cristo, el creyente es hecho una nueva creación, una imagen renovada de Cristo (2 Co. 5:17). Ello hace posible vivir conforme a «la mente de Cristo que nos ha sido dada» (1 Co. 2:16). Que sea posible no significa que en nuestra conducta actuemos siempre como lo haría Cristo en nuestro lugar. Siempre viviremos en tensión: lucha de la carne contra el espíritu, y no siempre el conflicto se resolverá victoriosamente. Pero si de veras queremos agradar al Señor buscaremos conocer su pensamiento a través de la Escritura; oraremos pidiendo su ayuda para reproducirlo en nuestros criterios, en nuestros sentimientos, en nuestras reacciones, buscando no nuestro bienestar o ensalzamiento, sino su gloria. Cuando eso sea una realidad en nuestra vida veremos que lo verdaderamente importante no es la propia imagen, sino la imagen de Cristo reproducida en nosotros. Que el mundo pueda verla claramente en nuestro vivir diario.

José M. Martínez

Cómo conocer y hacer la voluntad de Dios

Mucho se ha especulado sobre el tema. Y muchos creyentes se hacen la pregunta que encabeza el presente artículo. Esa curiosidad, por lo general, es sana, pues en el servicio cristiano la aprobación o la desaprobación por parte de Dios depende del conocimiento y cumplimiento de su voluntad (Lc. 12:47-48). Para el Señor Jesucristo la sumisión a la voluntad del Padre era tan vital como el alimento para el cuerpo (Jn. 4:32, 34; Jn. 5:30). Y algunos ejemplos bíblicos nos muestran que nada puede sustituir la aceptación de tal voluntad. El rey Saúl había recibido de Dios órdenes muy claras acerca del botín dejado por los amalecitas; pero él creyó que sería mejor apropiarse de éste a cambio del sacrificio de vacas y ovejas en honor de Yahveh. ¿Y qué le dice el Señor? «¿Acaso se complace Yahveh tanto en holocaustos y sacrificios como en la obediencia a las apalabras de Yahveh? Mejor es obedecer que sacrificar» (1 S. 15:1-23). Cuando la voluntad de Dios llega clara a nuestro conocimiento, todo intento de sustituirla por criterios humanos aparentemente más acertados es insensatez y rebeldía cuyas consecuencias habremos de deplorar el resto de nuestros días.

La voluntad de Dios en las cuestiones dudosas de la vida

No siempre encontramos en la Biblia respuesta a nuestras preguntas. Damos algunos ejemplos (podrían citarse muchos más):

- ◆ Se me presenta la oportunidad de obtener un nuevo empleo. ¿Debo aceptarlo o no?
- ◆ Hay una persona que me atrae poderosamente. Ambos estamos recíprocamente enamorados. ¿Es voluntad de Dios que me case con ella?
- ◆ La relación con mis padres se ha hecho tensa, prácticamente insoportable. ¿Debo abandonar la casa paterna y vivir mi propia vida?
- ◆ Una situación análoga vivo en la iglesia. ¿Debo buscar otra en la que me incorpore como miembro?
- ◆ ¿Quiere el Señor que me prepare para servirle mejor en alguna forma de servicio cristiano?
- ◆ En el círculo de mis relaciones hay una persona con la cual congenio, pero no es cristiana. ¿Qué es aconsejable en tal caso?
- ◆ Me urge comprar un piso. ¿He de solicitar una hipoteca al banco?
- ◆ etc. etc. etc.

Principios generales para conocer la voluntad de Dios

En primer lugar hemos de entender que no hay camino seguro al conocimiento de la voluntad divina cuando nuestra consulta admite dudas. La respuesta puede variar según multitud de factores y circunstancias. Nos gustaría que Dios nos enviase un ángel que nos indicara la decisión a tomar. O, al menos, que nos fueran dadas una tablillas al estilo del antiguo urim y tumim del sacerdote israelita en las que aparecía el oráculo de Dios. La consulta sobre la voluntad del Señor en una cuestión determinada no es hoy en día algo que pueda resolverse mediante un talismán, sino por medio de una percepción espiritual y una sensibilidad debidamente desarrolladas. A modo de guía, sugerimos las siguientes pautas:

1. **Renuncia a todo prejuicio** y a todo intento de justificar lo que a nosotros nos gustaría que fuese la voluntad divina. De lo contrario, cualquier respuesta que no se ajuste a nuestro deseo fácilmente será rechazada con razonamientos fruto del autoengaño. Hemos de ir a Dios con mente y oídos abiertos a su voz, sea cual sea su respuesta.

2. **Oración sincera** «para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él; que él alumbre los ojos de vuestro entendimiento para que sepáis cuál es la esperanza de la vocación a que él os ha llamado» (Ef. 1:17-18), «que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual. Así podréis andar como es digno del Señor, agradándole en todo» (Col. 1:9-10).

3. **Consideración del tema a la luz de la Biblia.** En algunos casos la enseñanza de la Escritura es suficientemente clara y nos indica si debemos o no tomar la decisión que nos planteamos. En otros, puede suceder que no hallemos un texto suficientemente claro para decidir la resolución que debemos tomar. Sin embargo, la enseñanza global de la Escritura y el espíritu de la misma siempre contienen luz que nos ayuda a tomar nuestras decisiones. Esa luz será tanto más clara y útil cuanto más ampliamente conozcamos la globalidad de las Escrituras. No podemos fiarnos demasiado de lo que nos dice un solo versículo. Es poco fiable la práctica de abrir al azar la Biblia después de haber orado pidiendo a Dios que nos dé como mensaje suyo el primer versículo que aparezca a nuestros ojos. La experiencia de Agustín de Hipona no debe tomarse como ejemplo a seguir. Él mismo, en sus *Confesiones*, da testimonio de lo que aconteció. Cuando se debatía en una gran crisis moral, torturado por su conciencia de pecado, oyó una voz misteriosa que decía: «Toma y lee». En aquel momento no tenía a mano en su estancia más libro que un ejemplar del Nuevo Testamento. Lo tomó y lo abrió al azar. Sus ojos se fijaron en el texto de Ro. 13:12-14, que fue determinante de su conversión.

Pero no siempre ese modo de buscar la voluntad de Dios tiene efectos tan positivos. La experiencia de Agustín debería contrastarse con la de aquel creyente que, torturado por un problema, trató de encontrar la voluntad de Dios abriendo -como Agustín- al azar el Nuevo Testamento. El texto sobre el cual se fijaron sus ojos fue el referido al suicidio de Judas (Mt. 27:5). Pensando que algo no había funcionado bien, aquel hombre piadoso repitió la prueba. Esta vez le salió el texto «Ve y haz tú lo mismo» (Lc. 10:37). Insatisfecho, y desechando esta respuesta por inapropiada, probó una vez más. El texto que leyó en el tercer intento fue: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto» (Jn. 13:27).

La experiencia ha mostrado que en la mayoría de los casos el texto salido al azar nos dirá muy poco o nada que pueda considerarse una respuesta fiable.

En cualquier caso es importante asegurarnos de que no distorsionamos la orientación bíblica con una interpretación de su mensaje sesgada por nuestras ideas preconcebidas.

4. **Demanda de consejo** a persona capacitada para aconsejar con sabiduría y criterio espiritual reconocidos. «El que obedece al consejo es sabio» (Pr. 12:15). Importantes decisiones de algunos personajes bíblicos se debieron a la intervención de sabios consejeros. Como botón de muestra, recordemos a David en su hora de furor incontenible por la rudeza hiriente de Nabal. La decisión de David era dar muerte a aquel hombre. ¿Era esto la voluntad de Dios? Pronto se vio que no. El sabio consejo de

Abigail, esposa de Nabal, fue seguido por David, y lo que pudo haber sido un episodio trágico se convirtió en un ejemplo de sensatez; y el dominio propio, principio de una experiencia apacible y romántica (1 S. 25).

5. Orientación mediante las circunstancias. Éstas en muchos casos pueden ser valiosamente orientativas; pero también se prestan a ser mal interpretadas. En el curso de su Providencia, Dios puede disponer las cosas de modo que nos libre de decisiones equivocadas; o, por el contrario, introducir una circunstancia que aparentemente facilite la decisión correcta. Sin embargo, no siempre las circunstancias son guía infalible. En algunos casos pueden ser engañosas y llevarnos a resoluciones que no corresponden a la voluntad de Dios. Esta posibilidad ha de llevarnos a analizar la situación con cautela, dando un grado de fiabilidad superior a los medios anteriormente señalados. No siempre circunstancias favorables para tomar una decisión indican que nos guían a la voluntad de Dios. A veces «aun el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz» (2 Co. 11:14). El auge espiritual de la iglesia de Antioquía en días de Bernabé y Pablo era una circunstancia que podía conducir a la iglesia a retener en su seno a aquellos dos hombres extraordinarios; así seguirían beneficiándose de su magnífico ministerio. Parecía un criterio muy juicioso; pero no entraba en los planes del Señor, cuya voluntad era diametralmente opuesta. La circunstancia que se daba en Antioquía no tenía por objeto retener a los dos grandes misioneros, sino prepararlos para emprender la gran obra de su vida; de ella se beneficiaría no sólo la iglesia antioquena, sino todas las iglesias que iban surgiendo y de las iglesias de todos los tiempos hasta nuestros días. Una circunstancia determinada puede ayudarnos a entender si apunta a la voluntad de Dios, siempre que coincida con los parámetros ya señalados.

6. La voz interior. Muchos creyentes sostienen que Dios les habla de modo especial, indicándoles lo que deben pensar y hacer. Frecuentemente se les oye decir: «El Señor me ha dicho». Sin embargo, este elemento en la búsqueda de la voluntad divina es el más dudable. Puede esa voz proceder del Espíritu de Dios, como en el caso del joven Samuel (1 S. 3). Y no cabe duda que el Señor puede guiar nuestro pensamiento y «hablarnos» de modo que lo que pensamos y después decidimos es conforme a los planes que él tiene para nuestra vida. No obstante, en muchos otros casos la voz interior no procede de Dios, sino del interior del propio creyente. Tal fue el caso de los falsos profetas en Israel (Jer. 14:14). Por eso lo que atribuimos a Dios creyendo que es revelación suya para guiarnos no pasa de ser una pretensión injustificada. De todos los caminos para llegar a conocer la voluntad de Dios, éste es el menos garantizado, por ser el más expuesto a error. Ello hace necesaria una gran sensibilidad espiritual y un conocimiento sólido de las Escrituras. Lo que hemos dicho bajo el epígrafe anterior, es válido para lo que aquí acabamos de señalar.

A menudo ninguno de los caminos a seguir para conocer la voluntad de Dios es suficiente por sí solo. Conviene complementarlo con los medios expuestos a lo largo de este artículo.

Dos observaciones importantes

1. No debemos esperar una respuesta sobrenatural del Señor cuando le pedimos que nos revele su voluntad. Es más lógico, y más bíblico, ejercitar las facultades intelectuales que él nos ha dado para discernir lo mejor a la luz de su Palabra.

2. Por atinada que sea nuestra búsqueda de la voluntad de Dios, a menos que ésta la hallemos muy claramente expuesta en la Biblia, siempre habremos de adoptar nuestras conclusiones con reservas. Nunca podremos decir o pensar con carácter absoluto: «Ésto es el plan de Dios para mi vida». Por lo general, siempre quedará la sombra de la duda. Lo máximo que puedo decir es: «Creo que, a través de mis reflexiones, limitadas pero honestas, Dios me guía a tomar tal o cual decisión. Si me equivoco, que él me perdone y en su misericordia me haga conocer mejor lo que quiere de mí y para mí». De una cosa podemos estar seguros: «Por el Señor son ordenados los pasos del hombre y él aprueba su camino. Cuando el hombre caiga, no quedará postrado, porque el Señor sostiene su mano» (Sal. 37:23-24).

Añadamos sinceramente algo más:

- ◆ Una declaración sincera: «Hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado» (Sal. 40:8).
- ◆ Una súplica: «Envía tu luz y tu verdad; éstas me guiarán» (Sal. 43:3).
- ◆ Y una entrega renovada: «Heme aquí, oh Dios, vengo para hacer tu voluntad» (He. 10:9).

José M. Martínez

Las «confesiones» de Jeremías

El artículo correspondiente a este mes es una reproducción parcial del capítulo 7 del libro *Figuras Estelares de la Biblia*, por José M. Martínez, recientemente publicado, y disponible en la **Tienda Online** de **Pensamiento Cristiano**. La parte reproducida aquí corresponde a las páginas 210-216 donde se exponen las impresionantes «confesiones» de Jeremías.

Se da este nombre a aquellas partes del libro de Jeremías en que aparecen las reflexiones más íntimas del profeta, sus perplejidades, sus quejas y lamentos, sus protestas, todo ello con una apertura de espíritu total, como en la presencia ineludible de Dios. A través de esas confesiones emerge Jeremías como hombre de Dios, en la plenitud de su humanidad, con su ignorancia, sus dudas y sus sufrimientos, pero también como el gran «seducido» por Dios, del que no puede separarse y al que no puede, ni quiere, desobedecer.

El texto de sus palabras nos hace recordar algunos de los salmos de lamentación y, en particular, las oraciones y soliloquios de Job. Todos ellos nos muestran que la Sagrada Escritura no surgió como un texto dictado por Dios a un amanuense pasivo, sino del encuentro del Dios que se revela con el hombre que escucha, piensa y se somete, aunque a veces se rebele. Jeremías aceptó desde el principio el mensaje que Dios le comunicó, pero este mensaje abrió en su mente serios interrogantes y reflexiones que le causaban honda inquietud. No obstante, entendió que abrir su mente ante Dios con absoluta franqueza era preferible a callar asfixiando sus dudas. Para él era una cuestión de honestidad. ¿Con qué fuerza podría predicar la «palabra» de Dios si ésta quedaba nublada y debilitada en la mente del mensajero? Pero si la predicación de Jeremías salió de su boca con poder fue porque en sus luchas, con la ayuda del Todopoderoso, salió iluminado y fortalecido.

En el análisis del libro de Jeremías tradicionalmente se han estudiado como «confesiones» los siguientes pasajes: Jer. 11:18-12:6; Jer. 15:10-21; Jer. 17:12-18; Jer. 18:18-23; Jer. 20:7-18. Sin entrar en un comentario minucioso de estos textos, trataremos de extraer lo más significativo de ellos.

Justo eres, oh Señor, para que yo dispute contigo... (Jer. 12:1-6)

Aunque la rebeldía de Judá contra Yahveh está cada vez más arraigada y la apostasía crece, el destino que espera a la nación sólo empieza a apuntarse. Muchos son ajenos a la tormenta que se está formando. Pero existe en Anatot, la ciudad sacerdotal, un grupo de líderes religiosos (probablemente sacerdotes) que no pueden sufrir la insistencia con que Jeremías denuncia los pecados de líderes y simples ciudadanos anunciando grandes calamidades que tendrán lugar en Jerusalén y en todo el país. Este grupo de enemigos conspira para matar al profeta. Entretanto, Jeremías vive en una tranquila ignorancia. Pero de algún modo Dios le ha hecho saber que no sólo la nación, sino la vida misma del profeta corre grave peligro.

Cuando Dios le descubre las maquinaciones de sus asesinos en potencia, Jeremías reacciona expresando a Dios su sorpresa y su indignación. Lo que Dios le ha revelado no puede ser verdad. Él juzga con justicia; «escudriña la mente y el corazón», y sabe que su siervo no ha dado ningún motivo para ser odiado y hecho blanco de una hostilidad feroz. Dios tiene que intervenir librando a su mensajero. En tanto no llega el momento en que su oración sea contestada, sin percatarse de ello, Jeremías asume una actitud

revanchista paralela a la inquina de sus opositores, aunque, consciente de su total impotencia personal, deja su venganza en manos de Dios (Jer. 11:20).

Dios no es indiferente a la inquietud de su mensajero, y le da una palabra tranquilizadora: los que urden la destrucción del profeta serán destruidos (Jer. 11:22-23). Su siervo, sin embargo, sigue sin entender los misterios de la providencia, e inicia una nueva intervención en diálogo con Dios. Se acerca a él con humildad y reverencia: «Justo eres, Dios, para que yo dispute contigo». Pero «¿por qué es prosperado el camino de los malvados y les va bien a todos los que se portan deslealmente?» (Jer. 12:1). El problema se agudiza porque, en la teodicea de Jeremías, Dios aparece como causa final de cuanto acaece en el curso de la vida humana. «Tú –dice– los plantaste, y echaron raíces, crecieron y dieron fruto» (Jer. 12:2). Pero esos hombres «plantados» por Dios no reconocen su soberanía, no le obedecen. Su piedad es pura apariencia: «Cercano estás tú en sus bocas, pero lejos de sus corazones» (Jer. 12:2). Algo parecido dijo Isaías (Is. 29:13), citado por Jesús refiriéndose a los escribas y fariseos de su tiempo (Mt. 15:8-9). A pesar de esta superchería, los malignos gozan de prosperidad, mientras que un pobre profeta, fiel al Dios que le ha llamado a su servicio, está expuesto a las maquinaciones de hombres perversos que quieren acabar con su vida. ¿Por qué? Sin hallar respuesta, Jeremías reafirma su integridad y de nuevo pide venganza. Desea que aquellos que quieren darle el fin de la oveja llevada al matadero corran esta suerte por su maldad (Jer. 12:3). Se lo merecen. Por su culpa el pueblo sufre una grave sequía. «La tierra está desierta, y marchita la hierba de todo el campo. Por la maldad de los que en ella moran han perecido los ganados y las aves» (Jer. 12:4). ¿Hasta cuándo? Da la impresión Jeremías de que pretende acelerar la intervención de Dios. Pero Dios ha de enseñarle que lo que el profeta ha sufrido al conocer la conspiración urdida en Anatot es muy poca cosa comparado con lo que aún tendrá que sufrir. Ha de esperar y perseverar sin desfallecer: «Si corriste con los de a pie y te cansaron, ¿cómo contenderás con los caballos? Y si en la tierra de paz no estabas seguro, ¿cómo harás en la espesura del Jordán?» (Jer. 12:5). Una de las experiencias amargas que le esperaban sería el odio, enmascarado con buenas palabras, de sus familiares más íntimos (Jer. 12:6).

¡Ay de mí, madre mía...! (Jer. 15:10-21)

Este lamento destaca la naturaleza del ministerio de Jeremías. No es un magisterio sereno que instruye a un pueblo en circunstancias normales. Es una denuncia constante de los pecados de Judá, un anuncio del inminente juicio de Dios. El profeta, al parecer, está interpretando su misión con una visión jurídica, llevando a sus conciudadanos y a sus líderes en calidad de reos ante un tribunal. Así ha traducido John Bright el versículo 10: «Me engendraste para acusar y condenar a toda la tierra». Pero Jeremías no es un pleitista enemistado por razones personales con la sociedad de su tiempo. Lejos de haberse convertido en un enemigo de sus conciudadanos, se ha comportado con ellos con una probidad y una compasión ejemplares; además se ha convertido en un intercesor a su favor en tiempo de aflicción y en época de angustia. Entonces, ¿por qué le maldicen? ¿No está justificada su indignación ante el modo como está siendo tratado? La Versión Popular (Dios habla hoy) de las SBU traduce así el versículo 11: «Que sus maldiciones se cumplan, Señor, si no te he servido bien, si no te he rogado en favor de mis enemigos cuando estaban en desgracia y aflicción».

Aunque el texto presenta dificultades que los exegetas han explicado de modo diverso, parece que los versículos 12-14 son palabras de Dios. No son propiamente una

inserción (cf. Jer. 17:3-4), sino una declaración de Dios acerca de la imposibilidad de que la débil Judá pueda enfrentarse al «hierro del norte», de excelente calidad y dureza. Era ilustración de lo ilusorio de pensar –como pensaban los habitantes de Judá– que ellos, débiles en extremo, podían hacer frente a las poderosas huestes caldeas provenientes del norte (región del Mar Negro). De este modo Dios reafirma declaraciones anteriores que prevén para el pueblo escogido despojamiento y servidumbre. Indirectamente Dios está respaldando a su siervo. Su palabra se cumplirá indefectiblemente. De este modo Dios da una respuesta anticipada al clamor de su mensajero (Jer. 15:14). A la súplica sigue un valioso testimonio autobiográfico (Jer. 15:16). ¿Se refiere el profeta a las palabras que oyó de Dios en el momento de su llamamiento, al libro deuteronomico hallado en el templo en días de Josías o a alguna otra experiencia posterior de particular relieve? No importan demasiado las circunstancias en que las «palabras» fueron halladas. Lo más interesante es el efecto que produjeron en el receptor: «Me fueron por gozo y por alegría de mi corazón». Era el gozo de saberse llamado y usado por Dios como su portavoz.

Los versículos 16-18 en realidad son una nueva confesión. En ella prevalece el lamento. Si Jeremías había recibido con gozo la Palabra de Dios, si su comportamiento había sido ejemplar, si había hecho suya la indignación de Dios frente al pecado del pueblo, «¿por qué –dice él– fue perpetuo mi dolor, y mi herida incurable, que no admitió curación?». Su dolor proviene del hecho de que Judá, rechazando su mensaje, está precipitándose en la perdición. Una segunda pregunta ahonda en la crisis espiritual a que llegó el profeta: «¿Serás para mí como cosa ilusoria, como aguas que no son estables?». Su vocación, su gozo al recibir las palabras de Dios ¿había sido todo un simple espejismo? En tal caso, ¿qué sentido tenía seguir discursando ante un pueblo hipócrita y endurecido? ¿Y qué sentido, su propia vida? ¿No estaban justificadas sus execraciones y su deseo de no haber nacido?

La respuesta de Dios le llega de modo inmediato (Jer. 15:19-21). Momentáneamente Jeremías ha dejado de estar en sintonía con Dios, ha estado «alejado» de Él, sobreponiendo sus dudas y sus propias reflexiones a la Palabra de Dios. Y Dios, Maestro insuperable y Padre misericordioso, abre los ojos de su siervo a nuevas posibilidades. Si Jeremías se vuelve a Dios, será restaurado a un ministerio fructífero. Volverá a ser predicador incansable, «muro fortificado de bronce» y luchador invencible. Los enemigos con que aún tendrá que enfrentarse continuarán activos en su hostilidad contra él, pero Dios será su defensor y su redentor. Entonces se verá que la experiencia del profeta de Anatot no había sido ilusoria. Había valido la pena, como la valdrían los nuevos sufrimientos y vejaciones a que aún sería sometido. La fidelidad de Dios garantizaba el cumplimiento de los propósitos que el Señor tenía respecto a su siervo.

José M. Martínez

El predicador, instrumento de comunicación

El presente «Tema del mes» es una reproducción parcial del capítulo VIII del libro «Ministros de Jesucristo», Vol 1. Creemos que puede ser de interés y útil no sólo para los predicadores, sino para todos los creyentes deseosos de comunicar a otras personas el mensaje de la Palabra de Dios.

El Espíritu Santo podría usar directamente la Biblia para la conversión de los hombres y la edificación de la Iglesia, y a veces así lo hace excepcionalmente. Pero por regla general se vale de medios humanos, entre los cuales el predicador ocupa lugar especial.

Al definir la predicación hemos indicado que el mensaje divino es comunicado a través de una persona idónea. ¿Es posible hallar tal persona? Ante la excelencia de la Palabra y la magnificencia aún mayor del Dios que la ha dado, cualquier capacidad humana es ineptitud. ¿Quién puede considerarse apto para lograr que a través de sus palabras los hombres oigan la voz viva de Dios mismo? Que esto suceda es un misterio y un milagro atribuible a la gracia divina, no a mérito alguno del predicador.

Sin embargo, es imprescindible un mínimo de idoneidad por parte de quien comunica a otros la Palabra divina. La predicación no es una simple exposición de la verdad contenida en las Sagradas Escrituras. Tal tipo de exposición puede hacerla incluso una persona no creyente o desobediente a Dios. Los mensajes proféticos de Balaam fueron irreprochables en cuanto a su contenido (Nm. 23-24). Caifás estuvo atinadísimo cuando hizo su afirmación sobre la conveniencia de que un hombre muriera por el pueblo (Jn. 11:50-51). Aun los demonios anunciaban una gran verdad cuando daban testimonio del «Santo de Dios» (Mr. 1:24; véase también Hch. 16:17-18). Pero ninguno de estos «predicadores» mereció la aprobación de Dios.

El verdadero predicador, sean cuales sean sus defectos y limitaciones, ha de estar identificado con el mensaje que comunica. Debe reverenciar y amar a Dios, respetar y aceptar su Palabra. Ha de haber tenido una experiencia genuina de conversión y dedicación a Cristo en respuesta a su llamamiento. Tiene que ajustar su vida -aunque no llegue a la perfección absoluta- a las normas morales del Evangelio, Ha de amar sinceramente a los hombres. Ha de reflejar la imagen y el espíritu de su Señor. Recuérdese todo lo expuesto en capítulos anteriores al ocuparnos del carácter santificado, indispensable a todo ministro de Cristo.

Pero este punto exige algunas matizaciones, ya que suscita cuestiones inquietantes.

¿Qué lugar debe ocupar en la predicación la experiencia del predicador?

Debe quedar muy claro que somos llamados a predicar a Cristo, no a nosotros mismos (2 Co. 4:5). La Palabra, no nuestras experiencias, debe constituir la esencia del sermón. Las experiencias del predicador, usadas moderadamente y con cordura, pueden ser ilustraciones útiles, pero nunca deben ocupar lugar preponderante.

Y a pesar de esto, la experiencia del mensajero de Cristo es de importancia decisiva. Sólo quien ha gustado lo delicioso del pan de vida puede ofrecerlo a otros con efectividad. Únicamente quien ha tenido vivencias auténticas de la energía transformadora del Evangelio puede afirmar sin vacilaciones que es «poder de Dios para

dar salvación a todo aquel que cree» y esperar que sus oyentes tomen sus palabras en serio. Pero no es el testimonio oral que sobre sus experiencias puede dar el predicador desde el púlpito lo que más vale, sino lo que de ellas se trasluzca a través de su vida.

Helmut Thielicke ha expresado esta verdad incisivamente en una crítica saludable sobre la iglesia de nuestro tiempo. «Si no estoy equivocado, el hombre de nuestra generación tiene un instinto muy sensible para las frases rutinarias. La publicidad y la propaganda le han acostumbrado a ello... Cualquiera que desee saber si una bebida determinada es realmente tan buena como el anunciante a través de la pantalla del televisor dice que es, no puede creer ingenuamente las recomendaciones fonéticamente amplificadas; debe averiguar si ese hombre la bebe cuando está en casa, no en público. ¿Bebe el predicador lo que ofrece desde el púlpito? Esta es la pregunta que se hace el hijo de nuestro tiempo, consumido por el fuego de la publicidad y los anuncios»¹.

¿Puede predicar quien pasa por una experiencia de crisis espiritual?

Toda crisis indica un estado de inestabilidad. No se ha llegado a posiciones fijas, definitivas. No es inmersión en la incredulidad por pérdida de la fe o entrega al pecado con cese de toda lucha. Es más bien una situación de duda, de conflicto, de angustia, de depresión. Pero la fe se mantiene; las dudas son pájaros que revolotean sobre la cabeza sin llegar a hacer nido en ella; en el corazón sigue ardiendo la llama del amor a Cristo; la Biblia no ha dejado de ser el objeto predilecto de lectura y meditación.

En estos casos no sólo se puede seguir predicando, sino que, como vimos al considerar los recursos del ministro, el hacerlo puede contribuir muy positivamente a la superación de la crisis. En el púlpito, el predicador sincero tiene experiencias tan claras como inefables de la presencia y el poder del Espíritu Santo, el cual le habla a él tanto o más que a la congregación y convierte la Palabra en fuerza maravillosamente renovadora. Sólo cuando la crisis se prolonga y debilita demasiado al predicador, puede ser aconsejable que éste cese temporalmente en su responsabilidad en el púlpito a la par que busca medios adecuados de recuperación.

¿Se puede predicar sobre puntos que el predicador no aplica en su propia vida?

Omitir esos puntos es cercenar la Palabra de Dios. Exponerlos, en el caso apuntado, puede dar lugar a la hipocresía, falta intolerable en el mensajero del Señor.

No es moralmente posible exhortar a los oyentes a una vida de oración si el predicador apenas ora en privado; o a la generosidad, si él es atenazado por el egoísmo; o al esfuerzo de una dedicación plena a Cristo, si él no da ejemplo de ello.

Ante tal inconsecuencia, el predicador debe buscar toda la ayuda de Dios para conformar su vida a las enseñanzas de la Palabra. Debiera estar en condiciones de poder decir con Pablo: «Sed imitadores de mí, así como yo lo soy de Cristo» (1 Co. 11:1). Si es consciente de que no ha alcanzado tal meta y si ha de predicar sobre un texto que pone al descubierto algún punto débil de su vida cristiana, no ha de tener inconveniente en reconocerlo públicamente e indicar de algún modo que él mismo también se incluye entre aquellos a quienes se dirige el mensaje. Esto es doblemente positivo, pues no sólo libra al predicador de dar una falsa impresión de sí mismo, sino que, ante la confesión de

¹ *The trouble with the Church*, Hodder and Stoughton, p. 3.

sus propios defectos, aunque parezca paradójico, la congregación se sentirá alentada. Los «superhombres» espirituales anonadan. Los hombres de Dios que, como Elías (Stg. 5:17), son «de igual condición que nosotros» estimulan a sus hermanos.

El auditorio y sus necesidades

El predicador es un intermediario entre Dios y los oyentes en lo que a comunicación de la Palabra de Dios se refiere. Por tal razón, debe conocer a Dios y vivir lo más cerca posible de El; pero tiene asimismo que conocer a los hombres y vivir próximo a ellos. Ha de ser fiel a su Señor y, por amor a El, amar a quienes le escuchan, con una preocupación sincera por su situación.

Ante sí tiene hombres y mujeres con sus inquietudes, sus dudas, sus deseos nobles, sus debilidades, sus luchas, sus avances espirituales, sus pecados, sus alegrías, sus temores. De alguna manera, el predicador ha de penetrar en ese mundo interior de cada oyente e iluminarlo, purificarlo y robustecerlo con la Palabra de Dios. No puede conformarse con pronunciar palabras piadosas que se pierdan en el vacío porque su contenido es de nulo interés para quienes escuchan. Cuando el gran predicador Henry W. Beecher preparaba sus sermones, según su propio testimonio, jamás su congregación estaba ausente de su mente.

Nada hay más estéril, ni más aburrido, que una predicación descarnada, insensible al pensar y el sentir del auditorio. Por más que nos opongamos -y nos oponemos- a la exégesis «desmitificadora» de Bultmann, hemos de apreciar su gran preocupación por presentar un mensaje relevante para el hombre de hoy, que le diga y le dé algo importante en el plano existencial.

Al pensar en el hombre, hemos de pensar en la totalidad de su ser y de «su circunstancia». La Palabra de Dios no va dirigida únicamente al espíritu; no tiene por objeto solamente movernos a la adoración o fortalecer nuestra fe. Menos aún, elevarnos a una comunión con Dios que nos haga indiferentes a nuestros compromisos, nuestras necesidades, nuestras relaciones o nuestros problemas temporales. El antiguo docetismo despojó a Cristo de su humanidad y lo redujo a una figura tan espiritual que casi resultaba fantasmagórica. Desgraciadamente, no faltan docetistas en nuestros días, aunque su error se haya desplazado de la cristología a la antropología.

Es necesario desterrar falsos espiritualismos y ver desde el púlpito a seres de carne y hueso. Aun el creyente, ciudadano del Reino de los cielos, vive en el mundo bajo toda clase de influencias culturales, religiosas, políticas, sociales. No puede salir de ese marco. Ni es llamado a hacerlo. Pero en él se hallará infinidad de veces con situaciones en las que no verá con claridad cómo actuar cristianamente. Es entonces cuando una predicación «encarnada», en la que la Palabra de Dios responde a preguntas, aclara dudas y proporciona estímulos en el orden existencial, constituye una bendición inestimable por convertirse en palabra redentora. En cierto sentido, respetando el significado original de la frase bíblica, de todo sermón debiera poder decirse que en él «la Palabra se hizo carne».

Por medio de la predicación, el atribulado ha de recibir consuelo; el que se halla en la perplejidad, luz; el rebelde, amonestación¹; el penitente, promesas de perdón; el caído, perspectivas de levantamiento y restauración; el fatigado, descanso y fuerzas nuevas; el frustrado, esperanza; el inconverso, la palabra cautivadora de Cristo; el santo, el mensaje para crecer en la santificación. Resumiendo: el púlpito ha de ser la puerta de la gran dispensa divina de la cual se sacan las provisiones necesarias para suplir las necesidades espirituales de los oyentes.

Implícito en este punto hay otro que, por su importancia, hemos de considerar separadamente.

La necesidad de un propósito

No es suficiente que el predicador, al subir al púlpito, tenga algo que decir a sus oyentes. Es necesario que su sermón tenga un objetivo concreto. Ha de aspirar a unos resultados.

El contenido del mensaje no sólo ha de iluminar la mente y remover los sentimientos; ha de mover la voluntad. Toda predicación debiera llevar a quienes escuchan a tomar algún tipo de decisión. Esta puede ser la conversión, la confesión íntima a Dios de un pecado, la renuncia a alguna práctica impropia de un cristiano, el desechamiento de un temor, una entrega plena a la voluntad de Dios, la resolución de iniciar la reconciliación con un hermano enemistado, la determinación de empezar las actividades de cada día dedicando unos minutos a la lectura de la Biblia y la oración, la de ofrecerse seriamente para algún tipo de servicio cristiano, la de evangelizar con mayor celo, la de mantener contactos de comunión cristiana con las personas que más la necesitan. Podríamos mencionar muchas más.

Sólo cuando se han producido resultados de esta naturaleza en los oyentes puede decirse que la semilla de la predicación ha germinado. Por supuesto, la nueva planta debe cuidarse después mediante la acción pastoral de la iglesia; pero ya puede considerarse un éxito inicial que la semilla no cayera «junto al camino» y fuera engullida por las aves.

Es verdad que no en todos los casos la predicación, aunque esté presidida por un propósito concreto, logra su finalidad. Siempre hay oídos y corazones invulnerables a los dardos más directos de la Palabra. También es verdad que el Espíritu Santo puede alcanzar fines que el predicador no se había propuesto. Pero nada de esto justifica que cuando el predicador se embarca en su sermón no tenga idea del puerto al cual se dirige. Sin una meta precisa para cada mensaje, todo el esmero en la exégesis, toda la habilidad homilética y todos los recursos de la oratoria serán poco menos que inútiles. Un sermón no debe ser jamás una mera obra de arte. No ha de llegar a oídos del auditorio como una bella sinfonía, sino como lo que se espera que sea: voz de Dios que habla a los hombres y los insta a las decisiones más trascendentales. En frase de Bohren, la predicación «siempre es una cuestión de vida o muerte».

1 Evítese, no obstante, usar la predicación para «atacar» a una o varias personas -aunque sea de modo anónimo- mediante recriminaciones hirientes. Los problemas personales del ministro en relación con algunos miembros de su iglesia deben resolverse en privado. Traslado al púlpito es generalmente complicar los peligrosamente.

El ministerio de la predicación es glorioso, pero entraña una responsabilidad imponente. Es fuente de gozo, pero también de grandes tensiones. Su práctica eleva y humilla. Mas detrás de ese ministerio está Dios. El es quien dice a cada uno de sus mensajeros: «He puesto mis palabras en tu boca» (Jer. 1:9) y quien infunde aliento para la realización de misión tan singular (Jer. 1:17).

Del predicador se espera fidelidad y diligencia. Como en el caso de los profetas, su tarea viene determinada por dos palabras: *impresión* y *expresión*. La primera indica la operación del Espíritu y de la Palabra en el predicador; la segunda, la acción del Espíritu y de la Palabra a través de él.

En la expresión se combinan el elemento divino y el humano, la unción de lo alto y la homilética. Los principios básicos de esta rama de la Teología Práctica serán el objeto de nuestro estudio en los capítulos siguientes.

José M. Martínez

La ansiedad a la luz de la Biblia

¿Ser ansioso o estar afanado?

«Y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación (ansiedad) por todas las iglesias» (2 Co. 11:28)

«Por nada estéis afanosos....» (Fil. 4:6)

La ansiedad es uno de los problemas emocionales más frecuentes de nuestros días en los países desarrollados. Se calcula que hasta un 20% de personas sufre alguna forma de ansiedad patológica que requiere tratamiento: fobias, trastornos de pánico, ansiedad generalizada en forma de inseguridad y aprensión constantes, síntomas físicos como mareos, ahogos, dolores de cabeza, etc. ¿Cómo se explica este incremento tan notable en una sociedad -la occidental- que ha alcanzado unas altas cotas de progreso técnico y de riqueza? ¿No es una paradoja que el incremento del bienestar material tenga la ansiedad como sorprendente «compañera de viaje»?

Las causas de la ansiedad

Lo cierto es que vivimos en un mundo de contradicciones: el llamado «estado del bienestar» cubre muchas necesidades sociales básicas, desde la asistencia sanitaria hasta la jubilación, pasando por subsidios de invalidez, paro, etc. Sin duda, esto es un gran avance y debemos aplaudir los esfuerzos de los gobiernos por proteger, en especial, a los más débiles. Sin embargo la realidad es obstinada: cuanto más tenemos, más parece aumentar la ansiedad. ¿Será verdad, como alguien ha dicho, que la ansiedad es mayor cuando tenemos mucho que perder?

Los **factores sociales**, sin duda influyen. Sin embargo, a nuestro entender, la clave no radica tanto en una sociedad mejor -a lo cual no renunciamos- como en prevenir muchas de las situaciones generadoras de ansiedad. Para ello no basta con un «mundo mejor», sino que es necesario un «hombre nuevo». La comprensión plena de la ansiedad requiere ir más allá de lo social a **lo personal**. El problema de muchas personas hoy no es sólo el miedo a perder algo o alguien, sino que ya lo han perdido. Un porcentaje alto de trastornos de ansiedad está causado por **relaciones rotas**, divorcios, problemas familiares, muros de separación entre personas que antes se amaban... La fragilidad de las relaciones personales, la crisis descomunal de fidelidad y compromiso y el individualismo actúan como una poderosa fuente de ansiedad. ¿Por qué? Eliminan de raíz su antídoto por excelencia que es la seguridad personal y que se origina en el sentido de pertenencia mutua, de arraigo comunitario y de significado en la vida. Su ausencia pone en marcha un proceso de incertidumbre y de inseguridad en cuanto al futuro que desemboca finalmente en estados de ansiedad patológica.

No obstante, la enseñanza bíblica nos lleva un paso más allá. A los factores sociales y personales necesitamos añadir un tercer elemento generador de ansiedad. La sensación de seguridad existencial y de una vida con sentido proviene, en último término, de **la relación personal con Dios**. Cuando ésta se rompe, el ser humano experimenta miedo. El relato de Génesis nos describe este hecho de forma bien elocuente. ¿Cuándo aparece por primera vez el miedo en la Historia? Justo después de que Adán y Eva han decidido independizarse de Dios: «...oí tu voz en el huerto y tuve miedo....y me

escondí» (Gn. 3:10). Antes de la Caída, cuando el hombre vivía en una relación armónica y cercana con su Creador, no existía la noción de ansiedad. Ésta aparece tan pronto como el Pecado aleja al ser humano de Dios. Por esta razón, una respuesta adecuada al problema de la ansiedad implica restaurar la relación personal con el Dios creador, fuente de seguridad porque «en Jehová el Señor está la fortaleza de los siglos» (Is. 26:4).

Entendiendo el significado de la ansiedad

La ansiedad no siempre es patológica. De hecho, hay un tipo de ansiedad que actúa como un valioso estímulo en la vida porque nos motiva. Es la fuerza que nos impulsa a **ocuparnos** adecuadamente de personas o situaciones que lo requieren. Un ejemplo de esta preocupación positiva lo tenemos en la actitud de Pablo por las iglesias en el versículo citado de 2 Corintios 11:28. La palabra usada aquí *-<i>merimna</i>* es la misma que Jesús utiliza en Mateo 6:25 para condenar cierto tipo de ansiedad, lo cual nos demuestra que el problema no está en la ansiedad en sí misma, sino en su **contenido** -el qué nos preocupa- y en las actitudes que la rodean.

En su sentido positivo, la ansiedad es una fuerza que nos lleva a tomar decisiones y dar pasos necesarios para afrontar mejor cualquier problema. Hasta aquí podemos hablar del valor adaptativo de la ansiedad, la «ansiedad buena» que es una herramienta necesaria para la vida misma.

Sin embargo, una cosa es ocuparse y otra **preocuparse**. La ansiedad en su sentido más popular conlleva la idea de una preocupación excesiva por el futuro, cercana al miedo, que puede erosionar y hasta paralizar la capacidad de lucha: «Qué me va a ocurrir? ¿Qué será de mi vida? ¿Cómo evolucionará esta enfermedad? ¿Podré trabajar? ¿Ganaré lo suficiente para sostener a mi familia?. Un sinfín de incertidumbres pueden planear sobre nuestra mente en algún momento de la vida. La inseguridad y el miedo dominan los pensamientos en un círculo vicioso del que no sabemos salir. Es como si el mundo se nos viniese encima y nos aplastara. No olvidemos que la palabra ansiedad -o su sinónima angustia- proviene de una raíz etimológica que significa estrechez, desfiladero, algo que ahoga u oprime. Hemos de combatir este tipo de ansiedad porque es suele actuar como un lastre en la vida.

Ansiedad buena y ansiedad mala: Ser ansioso versus estar afanoso

Es importante tener clara la enseñanza bíblica sobre la ansiedad. Con frecuencia, conceptos erróneos son fuente de sentimientos de culpa injustos. Debemos trazar una distinción entre **ser ansioso** y **estar afanoso** (afanarse). La diferencia es clara no sólo desde el punto de vista semántico, son vocablos diferentes, sino también conceptual, reflejan realidades distintas. Veámoslo:

El carácter ansioso. Ansiedad psíquica.

Se trata de una forma de ser, un carácter, con una clara base genética. Suele transmitirse de padres a hijos tanto por herencia como por aprendizaje («contagio» emocional al observar las conductas ansiosas de los padres). Son personas que se preocupan desmedidamente por todo. Anticipan los acontecimientos de forma pesimista y exagerada. Siempre piensan lo peor. Su mente está llena de malos presagios; son

especialistas en «terribilizar», es decir imaginan siempre lo más terrible. Nunca pueden relajarse totalmente porque cuando han resuelto una preocupación ya están pensando en la siguiente. Viven sin tregua, de tal forma que raramente viven tranquilos.

El carácter ansioso es un problema psicológico que puede mejorar con ciertas técnicas. La terapia cognitiva, por ejemplo, que consiste en enseñar a pensar de forma más positiva, suele ser de ayuda. Este tipo de ansiedad, en sí misma, no es un pecado porque **no es incompatible con la confianza en Dios**. Jacob, David, Jeremías y otros hombres de gran fe pasaron por momentos de mucha ansiedad, pero en medio de sus angustias siguieron confiando en Dios de forma admirable. Como dijo David, «Mas el día que temo, yo en ti confío» (Sal. 56:3).

«No os afanáis por el día de mañana». La ansiedad existencial.

A diferencia de la anterior, se trata de una **reacción** de desconfianza ante el futuro, en especial en los aspectos más esenciales de la vida: comida, salud, abrigo, tal como Jesús señala en el Sermón del Monte (Mt. 6:25-31). El verbo *merimnao* aparece hasta cuatro veces en el texto y da la idea de estar muy preocupado, abrumado, hasta el punto de generar inquietud, desasosiego. Es la misma palabra que Jesús utiliza para reprochar a Marta su actitud: «...**afanada** y turbada estás».

Este tipo de ansiedad es claramente condenada en la Biblia porque en su base hay una falta de confianza en la provisión de Dios. Implica, en la práctica, negar dos atributos básicos del carácter divino: su fidelidad y su providencia. Es hacer a Dios pequeño, convertir al Todopoderoso en un «dios de bolsillo». Si lo anterior era más un problema psicológico que requería tratamiento, la ansiedad existencial -el estar afanoso- es un pecado que requiere arrepentimiento. Su mejor tratamiento radica en poder exclamar como el salmista con plena certeza: «Mas yo en ti confío, oh Dios, en tu mano están mis tiempos» (Sal. 31:14-15).

No podemos concluir sin mencionar el antídoto por excelencia a esta ansiedad existencial: la oración. El apóstol Pablo nos ha legado uno de los pasajes más luminosos sobre el tema en Fil. 4:6-7:

«Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante del Dios y Padre en toda oración y ruego, con acción de gracias»

Este ejercicio espiritual combate la causa última de la ansiedad descrita al principio: la separación de Dios. Cuanto más aprendemos a desarrollar un sentido constante de la presencia de Dios en nuestra vida -esto significa la expresión «orar sin cesar»- tanto más vamos a experimentar el bálsamo terapéutico de la paz de Dios. Pablo lo describe con tal fuerza que sobra cualquier comentario:

«Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús».

Dr. Pablo Martínez Vila

El ministerio de la consolación en la vida de Job

El tema del sufrimiento es una cuestión de perenne actualidad, pues constituye una experiencia común a todos los seres humanos. Sus manifestaciones son muy diversas. Pueden ser de carácter físico (hambre, penuria, enfermedad) o moral (soledad, abandono, dolor causado por injurias o acusaciones injustas, entre muchas otras). De ahí que filósofos, moralistas y maestros religiosos hayan disertado, con mayor o menor acierto, sobre esta faceta oscura y punzante de la experiencia humana. Pocos han sido, sin embargo, los pensadores y los investigadores que con sus ideas o descubrimientos han contribuido a aliviar el dolor moral de quienes sufren. Posiblemente ello se debe a que no se tiene en cuenta un hecho fundamental: es muy fácil hablar -o escribir- **sobre** el sufrimiento; pero sólo puede esperar algo positivo quien habla **desde** el sufrimiento. Las disquisiciones teóricas de poco o nada sirven.

Debemos situarnos en el sufrimiento con realismo, con **empatía**; es decir, poniéndonos en la situación del que padece, como haciendo nuestra su angustia, sus temores, su soledad.

El sufrimiento, gran misterio

Cuando nos situamos en el sufrimiento con realismo nos enfrentamos con un doble dolor: el del padecimiento en sí y el del misterio que entraña. ¿Por qué el vivir siempre implica sufrir? ¿Por qué? ¿Qué pensar? ¿Qué decir? Todas las vías de acercamiento al problema plantean dificultades: la de una cosmovisión atea, que sólo ve en el sufrimiento una desgracia fortuita, y la de una cosmovisión teísta, según la cual todo cuanto acontece en el mundo está de algún modo relacionado con Dios.

Esta última nos conduce a la teodicea con sus complicados problemas. ¿Resultará que la causa de nuestros sufrimientos está en Dios mismo? Sólo con mucha cautela podemos atrevernos a avanzar en busca de luz, siempre partiendo de una aseveración fundamental: «Las cosas secretas pertenecen a Yahveh, nuestro Dios, mas las reveladas son para nosotros...» (Dt. 29:29). Sería el colmo de las pretensiones pensar que podemos llegar a conocer a Dios sin velos o sombras. Él es infinitamente grande, y nosotros, infinitamente pequeños. ¿Cómo llegar a conocer y entender todo cuanto concierne a su naturaleza, su carácter, sus pensamientos, sus obras? La respuesta de Dios es clara: «Las cosas reveladas son para nosotros». La Biblia es el depósito de su revelación, a sus páginas debemos acudir para empezar a entender. Con humildad debemos escudriñar su contenido, alabando al Señor por todo lo que nos va mostrando, y aceptando lo que excede a nuestra comprensión. Como muy sabiamente indicó G. K. Chesterton: «Los enigmas de Dios son más satisfactorios que las soluciones de los hombres».

El libro de Job, caudal riquísimo de enseñanza

Su texto no es una respuesta definitiva al misterio del sufrimiento, pero es una ayuda valiosísima para alentar a los que sufren.

Conviene recordar la experiencia del patriarca. Tras un periodo de prosperidad, sosiego y honra, se ve azotado por crueles golpes de adversidad: pérdida violenta de su ganado y de sus criados, catástrofe familiar que acaba con la vida de sus hijos. Había

para hundirse en la desesperación; pero, lejos de esto, mantuvo la serenidad y dejó traslucir lo admirable de su fe. Se afligió, como es normal en todo ser humano, y dio comienzo a un doloroso duelo: «Se levantó, rasgó su manto y rasuró su cabeza; se postró y adoró» (Job. 1:20); pero no se desahogó con aparatosas lamentaciones. Por el contrario, hizo unas declaraciones que han causado admiración en millones de creyentes después de él: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. El Señor dio y el Señor quitó; sea el nombre del Señor bendito» (Job. 1:21). No menos admirable es el comentario de su biógrafo: «En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno» (Job. 1:22).

Las cosas, no obstante, comienzan a enredarse con la comparecencia de tres amigos que habían de irritarle en vez de consolarle como era su deseo. En su opinión, el sufrimiento de Job no es una desgracia fortuita; es castigo divino por algún gran pecado cometido por Job. Tanto insisten que al final el patriarca llega a pensar que esa conclusión era verdad a medias: Dios mismo, por razones que Job no llega a comprender, se ha puesto en contra de él. De ahí lo acre de su declaración: «El Todopoderoso ha clavado en mí sus flechas y el veneno de ellas me corre por el cuerpo. Dios me ha llenado de terror con sus ataques» (Job. 6:4; 16:12-13). Job, sin embargo, se resiste a aceptar la tesis del castigo. Considera, no sin cierta lógica, que si Dios estuviera a su favor, ningún poder del mundo podría dañarle, pues todo está sujeto a su soberanía. Si todas las potencias destructoras del mundo le atacan es porque Dios mismo le ataca y las usa para destruirle.

Pero Job yerra en sus conclusiones teológicas. El universo, el hombre, la vida, Dios, la providencia, no pueden encajonarse en los estrechos límites de nuestro raciocinio. Ante lo incomprensible de muchos misterios, lo más sabio es mantener nuestros juicios en suspenso, en espera de que lo que ahora no entendemos lo entenderemos en el día de Cristo en su venida (1 Co. 13:9-13).

La ineficacia de muchos «consoladores»

Elifaz, Bildad y Zofar tenían buenas intenciones, pero estaban encajonados en sus moldes dogmáticos. Algunas de sus afirmaciones eran correctas, pero globalmente erraban los tres «amigos» al insistir en su interpretación de los males de Job: un hombre que tanto sufre ha de haber cometido algún gran pecado que, humillado, debe confesar a Dios. Pero esta conclusión es falsa. El patriarca ha sido siempre un hombre íntegro, piadoso, compasivo, intachable.

Job no entiende el porqué de su calamidad. Los amigos no supieron ser humanos. Fracasaron estrepitosamente en su deseo de consolar al atormentado por el dolor físico y por el misterio de su relación con Dios. Los tres se proponen ser defensores de Dios y se convierten en cómplices de Satanás, el acusador. Carentes de compasión y verdadera sabiduría, caen en la incomprensión, la arrogancia y la intolerancia más detestables. Con esas características mal podían consolar a un hombre tan dolorido y desconcertado como el «varón de Uz». Nada entendían de los efectos devastadores que en el estado de ánimo suele producir el dolor prolongado:

- ◆ **Escepticismo.** Sólo se ven los aspectos sombríos de la vida (Job. 3; 7:1-10).
- ◆ **Fatalismo.** Job se ve acorralado, confundido, como gran derrotado. Y se abandona al desaliento. Está convencido de que se halla envuelto en la red de un

destino adverso. Lo peor de todo: tras ese destino está la voluntad soberana de Dios. Es Dios mismo quien le acosa. ¿Llegará a destruirle? A esos extremos puede inducir un sufrimiento agudo, prolongado e incomprensido.

- ♦ **Depresión.** La vida pierde su sentido; se desvanece toda ilusión. Con frecuencia se llega incluso a desear la muerte, como señaló Job en su patético soliloquio del capítulo 3. La vida se ve como una gran frustración sin sentido. Muchos seres humanos han hecho suyo el testimonio de las dudas de Gustav Mahler: manifestado en su segunda sinfonía «¿Por qué has vivido? ¿Por qué has sufrido? ¿Acaso no era todo una enorme y espantosa broma?»

Pero esa situación de sombría y dolorosa incertidumbre no es inevitable. El creyente, pese a sus dudas, puede tener reacciones maravillosas. Fue el caso de Job, quien se situó en cotas de certidumbre si no de comprensión. Sabía que en su justicia, tarde o temprano, Dios le daría la razón, lo justificaría y lo restauraría a una vida apacible y luminosa. A este respecto son admirables las palabras del patriarca en el capítulo 19 del libro: «Yo sé que mi Redentor vive...» (Job. 19:25-27).

La eficacia de la labor pastoral ante el sufrimiento

¡Cuánto bien pudieron haber hecho Elifaz, Bildad y Zofar si, apeándose de su arrogancia y su intolerancia, se hubiesen acercado a Job con humildad, comprensión y amor! Pero entendían tan poco de psicología pastoral que fracasaron totalmente en su plan inicial de consolar a su amigo. Les faltó lo que todo médico de almas debe tener:

- ♦ **Auténtica simpatía**, o, mejor aún, **empatía**, participación afectiva en la realidad del que padece (llorar con los que lloran).
- ♦ **Teología equilibrada.** Los amigos de Job fracasaron porque en su teología sólo cabía la ley de la siembra y la siega. Job cosecha sufrimiento porque antes ha sembrado pecado. Esta doctrina pierde de vista que ese principio en muchos casos no se cumple. Un estudio equilibrado del sufrimiento a la luz de la Biblia nos muestra que el sufrimiento puede tener otras causas y diferentes finalidades. Una faceta importante de la cuestión la hallamos en la experiencia del Cristo sufriente. Si estamos en comunión con Cristo, difícilmente estaremos del todo exentos de pruebas y dolorosas tribulaciones. Por otro lado, es en los días de padecimiento que disfrutamos de la gracia consoladora de Dios. Sólo en la noche cerrada vemos lo maravilloso de una noche estrellada.
- ♦ **Comunicación auténtica.** El gran problema muchas veces es que no se sabe escuchar, con lo que el diálogo efectivo resulta imposible. Si no se sabe escuchar, menos se sabe hablar «palabra en sazón» (Is. 50:4). La comunicación en la relación pastor-persona que sufre es diálogo, nunca puede ser sermón.
- ♦ **Oración.** Solo Dios puede iluminar con efectividad al atribulado. Sólo él tiene capacidad para restaurar al abatido por el dolor y la confusión de ideas.

Conclusión

En un mundo plagado de sufrimientos, son benditos quienes administran la consolación y la gracia reparadora de Dios. En el ejercicio de ese ministerio, dos bendiciones se hacen manifiestas: el bien que el consolador hace y el bien que recibe. Quien esto escribe da testimonio de su propia experiencia: «Entre muchos motivos de

gozo en el ministerio cristiano, el que me ha producido una satisfacción más profunda ha sido el del contacto pastoral con personas que sufrían intensamente».

Para alcanzar esa cota espiritual, nada nos ayudará tanto como la segunda bienaventuranza expresada por el Señor Jesús en la segunda bienaventuranza del Sermón del Monte: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación» (Mt. 5:4).

José M. Martínez

Desfile de Navidad

El curso implacable del tiempo nos sitúa una vez más ante el magno acontecimiento del nacimiento de Jesús. ¿Qué decir sobre el mismo que no se haya dicho ya? Renunciando a todo intento de originalidad por nuestra parte, nos limitamos a convocar a seis personajes, los más destacados por su protagonismo en la encarnación del Hijo de Dios. Los situaremos imaginariamente en un escenario virtual. Con tal carácter vendrán a ser representantes de todo el pueblo cristiano en una marcha todavía inacabada. En él estamos llamados a participar nosotros hoy, haciendo nuestra la bendición que entraña el advenimiento de Cristo al mundo. Las seis figuras bíblicas que «desfilan» en los primeros capítulos de los Evangelios de Mateo y Lucas, en experiencia singular, destacan la gloria incomparable del Hijo de Dios que asume naturaleza humana. Y cada uno de ellos muestra una faceta radiante de la experiencia cristiana.

Zacarías: El sacerdote-profeta anunciador de la salvación mesiánica (Lc. 1:67-79)

El sacerdote Zacarías había sido favorecido con el anuncio milagroso de su hijo Juan (el Bautista), quien sería precursor del Mesías. Por revelación divina, entiende que el nacimiento de tal Mesías es el de un poderoso Salvador (Lc. 1:69). Este acontecimiento es el cumplimiento de lo prometido por Dios a los «padres» del antiguo Israel y oconfirmado mediante pacto (Lc. 1:72-74). La salvación que el Ungido divino traería al mundo no se limitaría a una liberación física de inveterados enemigos (Lc. 1:74). Lo más glorioso sería que «librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos en santidad y en justicia delante de él todos nuestros días». ¡Todo un sistema de vida acorde con los principios del Reino de Dios!

Y Zacarías resume su mensaje profético con palabras dignas de ser inscritas en una pancarta altamente significativa. **El Cristo de Dios viene «para que brille su luz sobre los que están en tinieblas y en sombra de muerte»**. Zacarías explica lo esencial de su mensaje con palabras que revelan el contenido de la salvación: el perdón de los pecados (Lc. 1:77), «la santidad de vida y rectitud de conducta» (Lc. 1:75), luz para los que están en tinieblas. Y para nuestros pies, guía que nos conduzca por camino de paz» (Lc. 1:79).

Con razón el ángel declaró a los pastores de Belén: «Os doy noticias de gran gozo: os ha nacido hoy en la ciudad de David un Salvador, Cristo el Señor» (Lc. 2:11). ¿Podía haber motivo más justificado para regocijarse?

José, hijo de David: La fe supera a la razón (Mt. 1:18-25)

Para José no había lugar a dudas. La doncella con la que estaba desposado (María) había concebido y esperaba el nacimiento de un hijo. ¡Mayúsculo problema! La única explicación razonable era que María había tenido una relación ilícita con otro hombre. José, que respetaba y amaba a la virgen de Nazaret, no queriendo denunciarla -esta decisión la habría expuesto a muerte por lapidación-, «resolvió dejarla secretamente» (Mt. 1:19). Según toda lógica, no había disyuntiva a la decisión de José. Podemos imaginarnos la perplejidad, la angustia agónica de aquel justo varón. Pero Dios estaba obrando de modo sobrenatural: la concepción del niño alojado en el seno de María era fruto del Espíritu Santo (Mt. 1:20).

La experiencia de José nos enseña que la razón humana tiene unos límites. Quien no tiene límites es Dios, infinito en recursos para cumplir sus propósitos, lo entiendan los hombres o no.

María: «He aquí la sierva del Señor» (Lc. 1:38)

El incomparable cántico conocido como el Magnificat de María es una expresión de fe, gozo y sumisión a los propósitos divinos. Cuando el ángel acaba de afirmar que «ninguna cosa es imposible para Dios» (Lc. 1:37), María declara: «He aquí la sierva del Señor: hágase conmigo conforme a tu palabra» (Lc. 1:38), frase que se completa con el texto del cántico: «Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador» (Lc. 1:47). El cántico es también una exaltación de la gracia soberana de Dios. Se ve María como un ser débil, insignificante, comparable en su condición a una esclava sobre la cual ha puesto Dios sus ojos con complacencia. (Lc. 1:48). El Dios que en su justicia «deshizo los planes de los orgullosos y derribó a los reyes de sus tronos» es «el que puso en alto a los humildes» (Lc. 1:51-53). María agradece lo que Dios le está concediendo, y se siente feliz; así lo expresa: «pues he aquí que desde ahora me tendrán por dichosa todas las generaciones» (Lc. 1:48). A sus propios ojos era muy poca cosa; pero se le concede el gran privilegio de ser la madre del Hijo de Dios.

En el Reino de Dios, todo lo concerniente a ensalzamiento por obra del Altísimo viene precedido del anonadamiento de quienes han de ser sus siervos. El que se ensalza a sí mismo carece de sabiduría espiritual; sólo el humilde es honrado por el Señor y encumbrado al privilegio insuperable de estar a su servicio. Esto con frecuencia implica renovada entrega y doloroso sacrificio, pero también entra en el plan divino. A María le fue dicho: «Mira, este niño está destinado a hacer que muchos en Israel caigan y muchos se levanten. Será un signo de contradicción (...). Todo esto va a ser para ti como una espada que te atravesase el alma» (Lc. 2:34-35). La crucifixión del amadísimo Hijo revelaría lo acertado de aquella espada.

¡Cuántas lecciones admirables nos enseña María! Si queremos ser co-participes de su dicha, hemos de pagar el precio: humildad, fe, amor, abnegación, entrega; cueste lo que cueste.

Los pastores de Belén: Testigos maravillados de lo visto y oído (Lc. 2:8-20)

Plácidamente aquella noche habían estado guardando sus rebaños en las cercanías de Belén cuando súbitamente hizo su aparición el ángel del Señor que les comunicó el gran acontecimiento: el Salvador acababa de nacer. También habían visto la multitud de ángeles que habían alabado a Dios con la exclamación que resonaría en el mundo entero a lo largo de los siglos: «¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!». Maravillados por la experiencia que acababan de vivir, deciden sin titubeos ir a Belén para comprobar la veracidad de lo que habían visto y oído los pastores. Éstos «regresaron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto» (Lc. 2:20). A partir de aquel momento, los pastores se convirtieron en testigos del «Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre» (Jn. 1:14).

Si algo necesita hoy la Iglesia cristiana es la presencia de testigos de Cristo. No tanto testigos de nuestras experiencias como de la obra que Cristo realizó para nuestra

salvación. Infinitamente más importante que lo experimentado por los salvados es lo que hizo y dijo el Salvador.

La profetisa Ana: Evangelista infatigable (Lc. 2:36-38)

Es uno de los testigos a los que hemos aludido. El texto bíblico no nos da muchos detalles de lo que hizo, pero hay en ella facetas de su vida realmente aleccionadoras. Mujer viuda hondamente piadosa, a sus 84 años es un ejemplo admirable de perseverancia: «Nunca salía del templo, sino que servía día y noche al Señor, con ayunos y oraciones» (Lc. 2:37). Ejemplo admirable.

No es difícil ver creyentes que en tiempos pasados de su vida cristiana fueron ejemplo notable de celo, dedicación, servicio abnegado, entusiasmo santo; pero con el paso de los años, quizás a causa de desengaños, de dudas no superadas o simplemente de fatiga física, han ido decayendo. Dichoso el creyente que, con Pablo, puede decir: «Nuestro hombre exterior se va desgastando, pero el interior se renueva de día en día» (2 Co. 4:16).

Sin duda, el momento más luminoso en la vida de Ana es el vivido en el templo con motivo de la presentación del hijo de María, momento en que comenzó a dar gracias a Dios y a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén (Lc. 2:38).

Hoy la celebración de la Navidad es una excelente ocasión para que todos los creyentes testifiquemos de Cristo dando a conocer su naturaleza divino-humana, su carácter, sus palabras plétóricas de sabiduría divina, sus obras de poder y bondad, su muerte expiatoria en la cruz para limpiarnos de todo pecado, su resurrección gloriosa, fundamento de nuestra esperanza eterna. Nadie a nuestro alrededor debería ignorar el significado de la Navidad. Todo ser humano debería enfrentarse seriamente con Jesucristo, con lo que Cristo ofrece y lo que demanda. En la decisión de seguirle radica la suprema dignificación de toda persona.

Simeón: El varón justo y devoto (Lc. 2:25-35)

Poco se sabe de este hombre aparte de lo que se indica en el texto de Lucas; pero la parvedad biográfica respecto a él en nada empaña su lustre espiritual. Tres son los rasgos principales que lo caracterizan: a) Era justo y piadoso, es decir, recto en su conducta ante los hombres y fervoroso en su relación con Dios. b) El Espíritu Santo estaba sobre él de modo especial. c) Vivía en la esperanza mesiánica que animaba a los fieles de Israel. Fue por particular revelación del Espíritu Santo que Simeón tuvo conocimiento de su privilegio: «no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor» (Lc. 2:26). El anciano tiene la certidumbre de que ese momento precioso ha llegado. Por eso, cuando el niño en brazos de su madre es introducido en el templo para cumplir lo preceptuado en la ley mosaica, el anciano, con ternura y emoción inefable toma en sus brazos al niño para invocar sobre él la bendición divina. Este acontecimiento le inspira uno de los cánticos más bellos que se hallan en la Biblia. Conocido con el título de *Nunc dimittis*, está cargado de lirismo y emotividad: Simeón ha estado esperando la llegada del Mesías. Ahora el Mesías está ahí. Simeón ya puede morir en paz. Sus ojos han visto la salvación que Dios ha empezado a realizar (Lc. 2:29-32).

¡Dichoso el creyente que persevera hasta el fin en su fe y en su dedicación a Cristo! ¿Qué más bello que una vida consagrada al Salvador y una partida de este mundo «en paz»?

Reflexión final

Por la calzada de la revelación bíblica (el testimonio de dos evangelistas) hemos visto el «desfile de Navidad», es decir, la participación de hombres y mujeres temerosos de Dios que dejaron su huella de fe. A ellos debemos unirnos incorporándonos al «desfile» con gratitud y gozo en el corazón, un cántico en los labios y rectitud en nuestra conducta, proclamando la buena nueva de salvación a cuantos de algún modo estén cerca de nosotros, anunciando que «en el cumplimiento del tiempo Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para que redimiese a los que están bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos» (Gá. 4:4-5).

Con esa disposición de ánimo, en nuestra celebración de la Navidad, digamos a los primeros protagonistas del desfile: «Con la ayuda de Dios, seguiremos con firmeza vuestras pisadas, camino marcado por vuestras huellas».

*Gloria a Dios en las alturas
y en la tierra paz.*

José M. Martínez

Libros de José M. Martínez

- Job, la fe en conflicto**, Editorial CLIE, 1975, ISBN: 84-7228-211-2
- Ministros de Jesucristo I - Ministerio y homilética**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-329-1
- Ministros de Jesucristo II - Pastoral**, Editorial CLIE, 1977, ISBN: 84-7228-330-5
- La Biblia dice...**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-054-0
- Por qué aún soy cristiano**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7645-178-4
- Hermenéutica bíblica**, Editorial CLIE, 1985, ISBN: 84-7228-833-1
- Los cristianos en el mundo de hoy**, Editorial CLIE y AEE, 1987, ISBN: 84-7645-244-6
- Escogidos en Cristo**, Editorial CLIE, 2006, ISBN: 84-8267-473-0
- Salmos**, Editorial CLIE y Unión Bíblica, 1990, ISBN: 84-7645-410-4
- Salmos Escogidos**, Editorial CLIE, 1992, ISBN: 84-7645-538-0
- La España evangélica, ayer y hoy**, Editorial CLIE y Andamio, 1994, ISBN: 84-7645-771-5
- Introducción a la espiritualidad cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 1997, ISBN: 84-7645-984-X
- El libro de Génesis**, Ed. Portavoz, 1998, ISBN: 0-8254-1738-4
- El cristiano y sus relaciones**, Andamio, 1999
- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2000, ISBN: 84-8267-135-9
- Tu vida cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2001, ISBN: 84-8267-174-X
- Fundamentos Teológicos de la Fe Cristiana**, Editorial CLIE y Andamio, 2002, ISBN: 84-8267-244-4
- Contemplando la gloria de Cristo**, Editorial CLIE y Andamio, 2004, ISBN: 84-8267-361-0
- Figuras Estelares de la Biblia**, Editorial CLIE y Andamio, 2007, ISBN: 84-7228-923-0

Libros del Dr. Pablo Martínez Vila

- Teología de la oración**, Editorial CLIE y Andamio, 2003, ISBN: 84-8267-133-2
- Más allá del dolor**, Publicaciones Andamio, 2006, ISBN: 84-9655101-5

Folletos de José M. Martínez

- Creer o no creer, ésa es la cuestión**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- ¡Tanto sufrimiento! ¿Por qué?**, disponible a través del website Pensamiento Cristiano
- La Biblia, mucho más que un libro**, Unión Bíblica de España